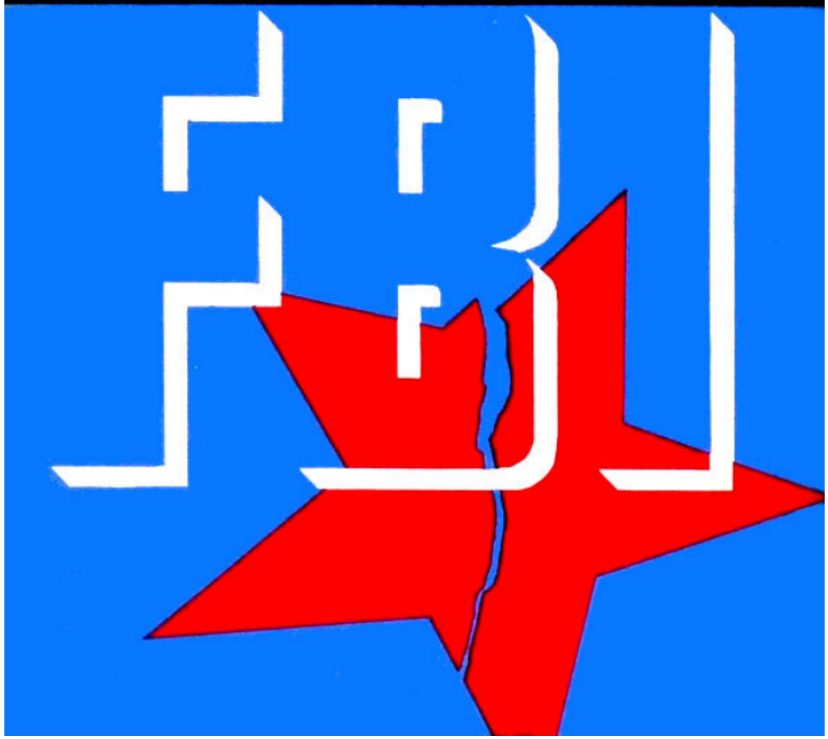
Augusto Assía

La traición como arte



Assía narra la espeluznante historia de la infiltración comunista en Estados Unidos desde el punto de vista hitleriano-franquista-mccarthista, propio de la España de la época, poniendo el foco en el caso Alger Hiss, pero sin una crítica seria del «testigo» Whittaker Chambers. Asímismo hace ver la culpabilidad de Dugan, de Owen Lattimore (confundiendo constantemente indicios con pruebas), y de Oppenheimer (cuyo mayor «delito» fue luchar en España a favor de la República en las Brigadas Internacionales).

[Fragmento de la reseña de Albert Guérard, Stanford University, aparecida en *Books Abroad*, vol. 30, 1956]

Augusto Assía

La traición como arte

ePub r1.0
Titivillus 04.07.2023

Título original: *La traición como arte*
Augusto Assía, 1955

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

I

UN DÍA DE SEPTIEMBRE DE 1939…

EMPIEZA LA SENSACIONAL REVELACIÓN

El «Attorney General» es en los Estados Unidos lo más aproximado a nuestro Ministro de Justicia, aunque sus disimilitudes son tantas como sus similitudes. Cuando a principios de noviembre de 1953 contó ante una asamblea de hombres de negocios en Chicago que el ex presidente Truman había colocado en uno de los más importantes y neurálgicos puestos de la máquina estatal norteamericana a un alto funcionario sabiendo que era espía comunista, el «Attorney General» del Gobierno Eisenhower, míster Brownell, metió los dedos en el más sensible e inflamable avispero jamás levantado en los Estados Unidos.

No tenía mucho de nuevo la revelación. Era una historia vieja con el primer capítulo escrito en septiembre de 1939, sólo unos días después que el ministro de Asuntos Exteriores naci, von Ribbentrop, firmara en Moscú el pacto de amistad con Rusia, dándole espectacular vuelta de campana al difícil equilibrio de fuerzas en que estaba montada la precaria paz.

Bajo las tenues tinieblas de la rezagada noche veraniega, en el apacible y confiado Washington de aquellos tiempos, una voluminosa, casi elefantiásica figura, cartapacio bajo el brazo, avanzaba entre las casitas, adormecidas tras sus jardines, con aire desasosegado que desdecía de la placidez de la escena, lo agradable de la hora y el burgués, opulento, satisfecho aire del personaje. A la vuelta de una esquina, tras mirar ansiosamente a su alrededor varias veces, el viandante empujó rápido una cancela y se precipitó con pasos largos, a través del jardín, en una casa igual a todas las demás del barrio.

En aquella casa ordinaria e igual a todas las demás de uno de los barrios iguales a todos los demás de Washington, capital de los Estados Unidos, iba a comenzar aquel anochecer de septiembre del año 39, apenas terminada la guerra civil de España e iniciada la

segunda guerra mundial, la más desigual y extraordinaria revelación de nuestros tiempos, frente a la que palidece la tragedia griega y la Historia no encuentra precedente.

La casa era la del subsecretario de Asuntos Exteriores, a cargo de las cuestiones de seguridad, y el gordo personaje que, sospechoso, acababa de entrar sin llamar a la puerta, Whittaker Chambers.

APARECE ALGER HISS

Sólo hasta unos pocos días antes, Whittaker Chambers había sido, escondido tras una serie recambiable de pseudónimos, el enlace o correo de una red de espionaje comunista y una ficha clave dentro de la conspiración al servicio de Rusia.

Dudas, vacilaciones, aprensiones y decepciones venían ya, por lo visto y según andando los años hubo de tener ocasión de explicar, corroyendo sus convicciones comunistas sobre las que el pacto ruso con la Alemania naci actuó de paja sobre el lomo del camello.

Chambers decidió hacer tabla rasa con el pasado y contarles a las autoridades cuanto sabía sobre la confabulación de que había sido parte y la cual tenía su centro de gravitación dentro de los ministerios y los grandes órganos estatales. Primero intentó que le recibiera el propio Presidente, a la sazón Franklin Delano Roosevelt. Habiendo fracasado sus intentos para llegar hasta el famoso despacho ovalado del famoso Presidente, se resignó el contrito espía a confesarse con el subsecretario de Asuntos Exteriores, a cuyo cargo estaba el enlace con la policía, Adolfo Berle. En el modesto despacho de Berle, adornado con grabados ingleses de escenas de caza, Chambers desenfundó su tremenda historia y entregó un informe completo con los nombres de todos sus cómplices.

En el informe aparecieron a la luz de la traición, por primera vez, el joven y brillante diplomático Alger Hiss, Frank Coe, Víctor Perlo, Ware y Harry Dexter White; hasta veintisiete nombres de veintisiete altos funcionarios y técnicos del Gobierno norteamericano enzarzados en la red del espionaje comunista. En

una de las redes, Chambers avisó simultáneamente que había otras de las que no tenía detalles, debido al sistema de compartimientos-estanco aplicado por los rusos a sus servicios secretos.

TAMBIÉN TÚ, ADOLFO

Hechas las pertinentes copias del informe que distribuyó a los pertinentes departamentos, Berle llevó uno en persona al presidente Roosevelt. Sentado en su silla de mano, ante su amplia mesa siempre abarrotada de papeles que esperaban continuamente la remolona atención del gran personaje, el Presidente de los Estados Unidos echó, mientras Berle temblaba con la excitación, un indiferente vistazo al documento, puso un gesto aburrido primero y luego un gesto irritado que quería decir «también tú, Adolfo, con estas monsergas».

El propio Whittaker Chambers ha descrito la reacción del presidente Roosevelt frente a su impresionado subsecretario de Asuntos Exteriores en los populares versos:

> *«Get out of here with that ump-ta-ta,*
> *And don't come back again».*

Se heló la sangre en las venas del joven subsecretario que, lacónicamente, declaró nueve años más tarde ante un comité parlamentario: «me di cuenta, de que allí mismo había terminado mi carrera política».

Ocurría el doble episodio representado por la comparecencia de Chambers ante Berle y la de Berle ante Roosevelt, en el temprano otoño de 1939.

Entre 1939 y 1948, los espías delatados por Whittaker Chambers siguieron, con perversión del mandato bíblico, creciendo y multiplicándose. Y prosperando.

Hubo un momento en que su red alcanzó a todos los puntos centrales de la organización política, diplomática y militar norteamericana sobre la que, antes que como una red, el «aparato»

soviético actuaba como una garra.

Todos aquéllos cuyas actividades fueron descubiertas por Whittaker Chambers, todos los veintisiete, sin una sola excepción, siguieron su carrera ascendente hacia las cumbres del Estado norteamericano, ganando a cada vuelta más influencia, más poder y más firme dominio en los consejos de Estado, y no sólo Harry Dexter White, la singularidad de cuyo caso consiste exclusivamente en que ha sido elegido por el Gobierno actual para «epitomizar» la negligencia y complacencia de los demócratas frente al comunismo y sus manejos.

Así como el caso de White no es único, no fué el presidente Truman el único complaciente con los comunistas.

Antes lo había sido su antecesor Roosevelt quizá todavía en mayor medida.

Lo fueron todos los ministros de Justicia, de Asuntos Exteriores y de Defensa de los dos Presidentes. Incluso los jefes de servicio de espionaje y contraespionaje. La Prensa. Quizá la única excepción haya sido el Congreso, que nunca se dejó adormecer por los cantos de sirena «progresistas», la canción de cuna con que se presentaba a los norteamericanos el comunismo.

Pero el papel del Congreso y otros papeles habrán de ir compareciendo por su turno sobre el escenario de esta tragicomedia llamada traición.

DEL BRAZO DE ROOSEVELT

Ahora conviene al hilo de la historia y el orden de la narración, volver la vista hacia la marcha de los personajes cuyos malos pasos había puesto al descubierto Whittaker Chambers. Uno de los denunciados por Whittaker Chambers era Alger Hiss.

Alger Hiss comparece el año 44 en Yalta del brazo de Roosevelt y como su consejero diplomático en la Conferencia donde el mundo occidental y el oriental habrían de reñir el duelo sobre la organización de la paz. Pasan pocos meses y Alger Hiss trasladaba

sus cuarteles desde Yalta a San Francisco.

En la Conferencia de San Francisco es secretario de la delegación norteamericana, hace de enlace con los corresponsales y las fotografías le muestran compartiendo la plataforma, en la sesión final, nada menos que con el propio presidente Truman y su secretario de Asuntos Exteriores, Mr. Stettinius.

Otros cuantos meses y se reúne la Conferencia de Dumbarton Oaks.

En Dumbarton Oaks, Alger Hiss ostentó el puesto de secretario general. Su poder, su influencia y su prestigio, aunque misteriosos y de origen inexplicable, alcanzan carácter de leyenda en las altas esferas internacionales. Su popularidad es igual a su modesta y retirada naturaleza.

Otro era Frank Coe.

En el año 1945 ó 46, Frank Coe surge sobre el Londres de la postguerra en el neurálgico puesto de consejero comercial de la Embajada norteamericana. Cuatro años después, el Departamento de Estado de su propio país le niega un pasaporte para visitar Méjico, pero aún entonces es el secretario general del Fondo Monetario donde le había colocado poco antes de dimitir su director, Harry Dexter White.

Mientras, el resto de los veintisiete designados por Whittaker Chambers se movían y expandían de Ministerio en Ministerio, siguiendo siempre la dinámica de los intereses rusos. El fin de las hostilidades encuentra a Nathan Silvermaster en la «Junta de la Guerra Económica», Víctor Perlo se trasladó a la «Oficina para la Administración de Precios», William Remington a la Casa Blanca donde otro de los espías rojos, Lauchlin Currie, era nada menos que ayudante de Roosevelt para la elección de personal y nombramientos políticos. Salomón Adler está en la China de consejero diplomático. Víctor Perlo en el Ministerio de Comercio. David Weintraub se había incrustado en la organización de Harry Hopkins que, a su vez, se había incrustado en la Casa Blanca como eminencia gris del presidente Roosevelt.

HUÉSPEDES DE LA CASA BLANCA

Era la época en que Mrs. Eleonor Roosevelt, inefable y dinámica esposa del Presidente del mismo nombre, llevaba a comer en la Casa Blanca al Comité Central de las Juventudes Comunistas cuyos caballeros en una ocasión abuchearon dentro de su propia casa al propio Presidente, porque había dicho algo respecto a Rusia que les pareció sacrílego.

Ha sido dicho que por entonces no había un solo Departamento estatal norteamericano en que los agentes comunistas no tuvieran metida su garra, ni un secreto militar o político que no olieran con su larga y penetrante nariz. Sumadas unas cosas a otras los comunistas inyectaron dentro del carro estatal y la sociedad norteamericanos la mayor dosis de traición que ha resistido a través de la historia organismo alguno. Un comunista acompañó a Yalta al presidente Roosevelt, otro fué el consejero que acompañó al general Marshall en la China, cuando Marshall propuso la coalición entre Chang Kai Chek y los comunistas, que había de terminar con los comunistas engulléndose a Chang Kai Chek. Un tercer comunista le servía de «secretario» al propio Marshall cuando visitó Moscú para negociar con Stalin y Molotof.

Pérdida de media Europa, pérdida de la China y pérdida del secreto atómico han sido hasta ahora las piedras miliarias con que la conspiración comunista ha dejado, como Don Juan, triste recuerdo de su paso.

ANTECEDENTES DE LA TRAICIÓN

De todas las adherencias que acompañan al barco de los imperios y se incrustan a su quilla, ninguna más vieja que la traición.

En el romano, el islámico, el español o el británico, la traición ha ido acompañada casi siempre por la aventura, el impulso individual, el lucro o el resentimiento.

Le estaba reservada al americano la organización de la traición como un arte con su técnica, su sistema y hasta su estética.

Si hay una característica que una a todos los miembros del frío y eficiente «aparato» comunista en los Estados Unidos es la ausencia de cualquier sentimiento aventurero, cualquier afán romántico o cualquier codicia metálica. Ni de uno solo se sabe que hubiera cobrado nada para su lucro personal y todos ellos, sin excepción, se han distinguido siempre por su dedicación al trabajo, su eficiencia en los detalles de cada día y la modestia de sus vidas privadas. Hiss ha sido descrito incluso por sus enemigos como un asceta que en el tiempo que las atenciones de su diabólica conspiración le dejaban libres se deleitaba en leer poesía y contemplar pájaros, mientras su mujer, Priscilia, que algunos consideran como el brazo que movía la tramoya, pintaba tiernamente por afición. Por una de esas raras ironías de la Historia, la inclinación de Alger a la contemplación de los pájaros y la de Priscilia a pintar hubieron de convertirse en dos de los principales instrumentos entre cuantos cooperaron a la condena de Hiss. Esto habrá de ser referido en capítulos posteriores.

Por lo menos entre los miembros del «aparato» descubiertos hasta ahora no figura tampoco ninguno de los agentes habitualmente propicios al espionaje, según los clásicos. Ni navegantes o artistas, troteras o capitanes de fortuna han sido sacados a luz de entre las telarañas de la conspiración comunista en los Estados Unidos. No hay un solo político envuelto en el complot; ni casi siquiera los propios políticos comunistas a los que Rusia parece mantener en cierto modo al margen de su organización secreta y los cuales han sido condenados y enviados a la cárcel, antes bajo acusación de revolucionarios que de espías.

Uno de los aspectos curiosos de la actual legislación norteamericana es que resulta más fácil ser enviado a la cárcel por revolucionario que por espía, y mientras muchos de los espías siguen en la calle, la mayoría de los revolucionarios están ya a la sombra.

Sin apenas excepción, los miembros del «aparato» descubiertos hasta ahora, son antes que nada y fundamentalmente burócratas de alta categoría, con carreras universitarias por lo general distinguidas, que gozaban de reputación entre sus compañeros y vecinos, y que no intervienen directamente en política. De hecho, sobre la mayoría no se sabía siquiera que profesaran otras ideas sino aquéllas cultivadamente izquierdistas, envueltas en capa de humanitarismo y progresismo, de moda aquí por los años 30 y 40.

También casi sin excepción todos pertenecen a esa clase de funcionario moderno, llamado técnico de la organización, que lo mismo sirve para un barrido que para un fregado cuyo oficio consiste en deambular de Ministerio en Ministerio y Departamento en Departamento, dispuestos siempre a enmendar yerros y poner remiendos o deshacer entuertos.

Algunas gentes han querido encontrar tras los miembros del «aparato», además del común denominador de la eficiencia burocrática, la comunidad de origen representada por la procedencia que se esconde en nombres como el de White (Weit), Perlo, Silverman, Coe o Weintraub. Pero tal común denominador es —aun sin menospreciar la importancia de la seducción que sobre gentes de origen lituano, polaco o ruso pueda ejercer la propaganda soviética— sacada un tanto por los pelos. Hiss, Remington o Lattimore son nombres que no tienen el menor reflejo oriental.

Todas las teorías sobre el carácter y composición del «aparato» habrán de quedar en suspenso, empero, hasta que no hayan sido desenterradas todas sus raíces. El complot descubierto por Whittaker Chambers está hoy más o menos al aire. Después de la de Whittaker Chambers, sin embargo, dos grandes revelaciones se han sucedido. Una la del diplomático ruso Guzenko, y otra la de Elizabeth Bentley. En 1948 ésta y en 1946 la otra. Tras la pista de las delaciones de Guzenko aún anda estos días un comité senatorial. En cuanto a las de Elizabeth Bentley, la antigua auxiliar de Golos, declaró hace ocho años que, según sus informes, los rusos poseían en los Estados Unidos cuatro grandes redes.

De estas cuatro grandes redes hasta ahora sólo han sido

descubiertas los cabos de dos.

II

IGOR GUZENKO ESCOGE LA LIBERTAD Y EL EXTRAORDINARIO CASO DE JUDITH COPLON

TRES CONFESIONES

Así como la narración navideña de Dickens sólo puede ser comprendida partiendo de que la historia entera surge de un cadáver previo, sólo puede ser comprendida la historia de la infiltración comunista en los altos consejos del Estado norteamericano partiendo de que su descubrimiento surge de tres delaciones previas a toda persecución. La de Whittaker Chambers, la de Elizabeth Bentley y la de Igor Guzenko. El último, un diplomático ruso a cuyo cargo se hallaban los secretos de cifra en la Embajada de Quebec, que se pasó al enemigo o, para usar la afortunada frase, «escogió la libertad». Miss Bentley y Mr. Chambers, ambos comunistas arrepentidos, habían servido de enlace con los rusos a dos redes distintas e independientes una de la otra.

Ni Whittaker Chambers conocía a Elizabeth Bentley, ni Elizabeth Bentley a Whittaker Chambers, a pesar de que los dos desempeñaban funciones similares al servicio de los rusos y en épocas coincidentes. Elizabeth Bentley comenzó mucho después que Chambers. Éste rompió con el «aparato», según hemos visto en el capítulo anterior, en otoño de 1939, mientras aquélla, aunque comunista veterana, sólo fué iniciada en la confabulación a principios del 38. Su confesión tuvo lugar en 1945.

Cómo Elizabeth Bentley vino a encontrarse sirviendo de correo de transmisión a uno de los más grandes complots de la historia, habrá de ser referido más adelante. Ahora conviene al orden del relato referir cómo salió de él.

Cambia la fecha y cambian las circunstancias, cambian los personajes, pero la escena en que Elizabeth Bentley se presenta a confesar sus actividades es un eco de aquélla en que Chambers había sido protagonista exactamente seis años antes. El 8 de noviembre de 1945, Elizabeth Bentley entró en la oficina del «Federal Bureau of Information» en Nueva York, se acercó a una

ventanilla y declaró que durante los últimos años había estado dedicada al espionaje y formado parte de una conspiración al servicio de Rusia. Quería prestar testimonio.

37 ALTOS FUNCIONARIOS

Aún hoy no se sabe todo cuanto a la policía le dijo aquella tarde la antigua espía, o lo que le dijo en los interrogatorios subsiguientes llevados a cabo diariamente durante dieciséis meses. En su informe sobre «el complot subversivo tejido por el espionaje ruso dentro de los distintos departamentos ministeriales», el Comité Judicial del Senado dice que miss Bentley le comunicó a la policía los nombres de ochenta norteamericanos complicados en el espionaje soviético, «treinta y siete de los cuales han sido identificados como altos funcionarios del Gobierno».

Estábamos en el mes de noviembre del año 1945.

Seis años antes, día por día, Whittaker Chambers le había entregado al subsecretario de Estado, al cargo de la seguridad, Adolfo Berle, el informe en que revelaba los nombres de veintisiete funcionarios norteamericanos enrolados en el espionaje ruso.

Pocas semanas antes, en septiembre de 1945, un antiguo oficial de artillería soviético abandonaba, bajo la oscuridad de la noche, la Embajada de los rusos en el Canadá para poner una maleta de documentos sobre la mesa de uno de los oficiales de la famosa y policroma «Policía Montada». Nadie ha averiguado cuántos ni cuáles nombres contenían los papeles lanzados cual petardo ante el asombrado oficial por Igor Guzenko. Algunos relatos han elevado su número a docenas, y aun hoy los Comités parlamentarios norteamericanos andan a su caza sin demasiada fortuna.

Se sabe, sin embargo, que los documentos entregados por Guzenko a la Policía Montada del Canadá levantaron la punta al telón tras el cual actuaba una de las redes del espionaje atómico. Si Fuchs está hoy en una plácida cárcel inglesa, y el matrimonio Rosenberg rindió cuentas en la silla eléctrica el verano pasado, ha

sido gracias a los informes contenidos en la maleta de Guzenko. Además de llevar a la silla eléctrica a Julius y Ethel Rosenberg, y producir la condena a quince años de Fuchs en Inglaterra, los papeles de Guzenko han facilitado el encarcelamiento de otros dos americanos: el hermano de Ethel Rosenberg, David Greenglass, y un tal Sobell, sargento en Los Alamos.

En total, cinco.

¿Qué ha ocurrido con los otros espías delatados, según el rumor popular, por el diplomático y ex oficial de artillería ruso? ¿Quiénes son? ¿Cuál ha sido su suerte? Pocas cuestiones ponen más aguzados los dientes de los senadores o diputados que en las subcomisiones del Congreso investigan las actividades comunistas.

ASOMBROSA ARITMÉTICA

La de Guzenko es de las tres grandes delaciones la que ha producido mayor cosecha, sin embargo.

La lista presentada por Elizabeth Bentley arrojaba 80 nombres, y la de Whittaker Chambers, 27. En total, 107 espías al servicio de Rusia poco más o menos, antes menos, porque algunos de los nombres aparecían duplicados en las dos listas. Alger Hiss y Harry Dexter White, entre ellos. Digamos 100. De los 100 agentes secretos al servicio de Rusia delatados por Whittaker Chambers en 1939 y por Elizabeth Bentley en 1945, sólo dos han sido detenidos y condenados cuando esto se escriba: Alger Hiss y William Remington.

Ninguno de los dos ha sido condenado, empero, por sus actividades comunistas y mucho menos por traición, cuya figura de delito sólo puede ser establecida en los Estados Unidos en época de guerra. Ambos han ido a la cárcel por perjurio cometido al negar que han sido espías al servicio de Rusia. No por espías.

Si Alger Hiss y William Remington hubieran admitido abiertamente sus actividades al servicio de Rusia y hubieran testificado que entregaron a los agentes rusos todos los documentos

exhibidos por Chambers y miss Bentley, y todavía más, hoy estarían paseándose por la calle[1] igual que están paseándose por la calle otros muchos que ni confirmaron ni rechazaron las acusaciones de ambos delatores, sino que se negaron a lo uno y lo otro alegando la protección de la Enmienda 5.ª.

Dejemos sentada antes —prestando una frase famosa— la asombrosa aritmética. Catorce años después de que Whittaker Chambers delató a 27 espías con sus pelos y señales; ocho años después de que miss Bentley delató a 80; la misma cantidad de tiempo después de que Guzenko puso los nombres de docenas de espías en conocimiento de la policía canadiense; tras cinco años de continuas investigaciones parlamentarias ante las cuales han comparecido, en un momento u otro, centenares de gentes que se han negado a contestar cuestiones tan precisas y obvias como la de: «¿ha sido o es usted espía al servicio del comunismo?», no han detenido en los Estados Unidos sino siete espías, de los cuales condenados por espionaje, propiamente, sólo lo fueron cinco.

VOZ DEL EVANGELIO Y LA SABIDURÍA

Otra circunstancia, entre las muchas y singulares que rodean la historia del espionaje ruso en los Estados Unidos y su persecución, es que la policía sólo ha cogido in fraganti, que se sepa, a un espía, y, que se sepa, también sólo un espía ha sido descubierto por la policía sin la ayuda de Whittaker Chambers, Guzenko o miss Bentley.

En cualquier otro país semejante historial no podría constituir una ejecutoria de la que la policía tuviera derecho a considerarse demasiado orgullosa, y probablemente apenas si podría escapar a la crítica periodística y pública. Tal es la admiración y respeto que el pueblo y las instituciones norteamericanas tienen por su «Federal Bureau of Information» que, excepto entre los comunistas, no sólo

no se ha dejado oír una sola palabra de reproche hacia sus olímpicas alturas, sino que el indiferente y altivo jefe de la Policía, Mr. Hoover, es una de las pocas personalidades a las que no han tocado las salpicaduras del escándalo.

Todo el mundo salió, según el veredicto del periódico «New York Times», un poco tiznado de la última polémica alrededor del «caso Harry Dexter White», unos por una cosa y otros por otra. Todo el mundo menos el jefe de la Policía, Edgard Hoover, cuya voz fué escuchada en el Comité parlamentario como la del evangelio y la sabiduría, mientras su eco resonaba país adelante con un tono de seguridad y confianza.

En todo el tiempo transcurrido desde que los rusos ensartaron su primera célula el año 33 en el Ministerio de Agricultura norteamericano por medio del misterioso e increíble Ware, la policía no sacó a luz por sí misma más que un espía, lo cual, dada la frondosidad alcanzada por la organización soviética, apenas si parece posible excepto cerrando los ojos. El espía descubierto y cazado por el «Federal Bureau of Information» es una mujer y, debido a errores cometidos durante la preparación de su proceso, se halla hoy libre, tras haber sido condenada a doce años.

El caso de Judith Coplon es uno de los más extraordinarios en la extraordinaria historia del espionaje ruso.

EL CASO DE MISS COPLON

Miss Coplon era joven, no del todo fea, aunque con cara de mico, y comunista cuando durante la última guerra, siguiendo las instrucciones del Partido, buscó empleo en el Ministerio de Justicia.

Los jefes comunistas habían puesto en la elección de miss Coplon la misma perspicacia psicológica que en la del resto de sus agentes, Como todos los agentes rojos, miss Coplon se mostró lo suficientemente laboriosa, inteligente y diestra para merecer pronto la confianza de sus jefes. Miss Coplon no miraba nunca al reloj y no le importaba quedarse a trabajar abnegadamente horas

extraordinarias mucho después que los demás funcionarios habían cambiado los zapatos por las zapatillas cabe el fuego hogareño.

Mientras sus compañeros descansaban a la orilla del fuego era precisamente cuando miss Coplon trabajaba más a gusto y más a sus anchas metiendo las manos en los archivos, de los que extraía cuantas fichas podían tener interés para los rusos.

Por miss Coplon los rusos conocían las fichas que de los distintos jefes comunistas norteamericanos tenía el Ministerio de Justicia y los propósitos que las autoridades abrigaban acerca de cada uno. Conocían, lo que no era menos importante, la ficha de los anticomunistas, y conocían hasta la de los gobernantes o los generales norteamericanos.

Un día los agentes del «Federal Bureau of Information» siguieron a miss Coplon desde el Ministerio a la estación de Washington, y desde la estación de Washington, en un tren, a Nueva York. En Nueva York saltó del tren al metro. Cambió de coche varias veces en diversas estaciones, seguida siempre por la fiel escolta, hasta que por fin, alcanzado su destino, se puso a hablar con un joven fornido y alto que la aguardaba en una de las plataformas.

Tras unas cuantas palabras, la viajera sacó un paquete de su elegante bolso y lo puso en manos del joven alto y fornido en el mismo momento en que un policía le echaba mano a él y otro a ella.

En el sobre que el vicecónsul ruso se había metido ya en el bolsillo fueron hallados un número de las fichas con que miss Coplon abastecía al espionaje ruso.

Debía de ser el año 48 ó 49.

El otro día encontré en el autobús una cara que me recordaba algo y que no sabía si era el eco de las fotografías sobre un crimen pasional en la prensa o la estela de una «starlet» cinemática, cuando de repente oí decir a una señora gorda y con abrigo de visón, dirigiéndose a su marido:

—Mira, miss Coplon.

Casada con el que le sirvió de abogado, la espía rusa tiene ya dos o tres hijos y, de hecho, no ha estado nunca en la cárcel, aunque un juez la condenó, si no recuerdo mal, a doce años. Durante el proceso, que duró algunos meses, permaneció en libertad con fianza, y, después del proceso, apenas puesta tras las rejas,

hubo de ser arrojada a la calle por orden de un tribunal superior.

Su abogado y futuro esposo pretendió descargar de culpas a miss Coplon durante el juicio oral alegando que había actuado por pasión amorosa debido a sus relaciones con el vicecónsul ruso, que era su amante, pero el juez no se dejó influir por la historia. Después del juicio oral, cambiando de canción, miss Coplon alegó que el proceso había sido ilegal y apeló ante una instancia superior con la tesis de que la policía había esgrimido, como prueba de su culpabilidad, discos de conversaciones por teléfono entre miss Coplon y sus cómplices, y hasta entre miss Coplon y su abogado, lo cual era contrario a la Constitución, que no acepta el derecho de un americano a fisgonear en las conversaciones telefónicas de otro. El tribunal superior admitió el recurso de ilegalidad y Judith Coplon fué puesta en libertad con una reverencia.

III

CONDENAR A UN ESPÍA NO ES TAREA FÁCIL. EL F. B. I. EN ACCIÓN

ALCAHUETA NÚMERO UNO

Aparte de Judith Coplon, condenada y puesta sucesivamente en libertad como consecuencia de un error de trámite, han sido condenados por el delito de espionaje, indirectamente, Alger Hiss y William Remington.

Directamente por espionaje han sido condenados en los últimos años los cómplices de los esposos Rosenberg, Greenglass y Sobell —este último a cadena perpetua y el otro a quince años—, y los propios Rosenberg, primeros espías ejecutados dentro de los Estados Unidos en épocas de paz. La condena de los Rosenberg y sus cómplices ha sido posible sólo gracias a la ley contra el espionaje atómico promulgada casi al mismo tiempo que eran detenidos.

Sin la ley contra el espionaje atómico, los Rosenberg podrían perfectamente andar hoy sueltos lo mismo no sólo que miss Coplon, sino como los dos o tres centenares de caballeros y señoras que circulan por las calles y los campos de la ancha Norteamérica, con su traición a cuestas, tan campantes.

La mayor alcahueta del espionaje es hoy, en los Estados Unidos, la Enmienda 5.ª de la Constitución, con arreglo a la cual todo testigo o acusado puede, en causa criminal, negarse a declarar si, diciendo la verdad, se expone a que la declaración sea usada como prueba contra él. A lo largo de todas las últimas investigaciones parlamentarias no ha sido oída ninguna otra frase tanto como la de «me niego a contestar protegiéndome tras la Enmienda 5.ª de la Constitución de los Estados Unidos».

Altos empleados en las Naciones Unidas, en el Gobierno de Washington y en las más diversas instituciones, funcionarios de organizaciones militares, científicos que tenían a su cargo algunos de los más recónditos secretos han respondido una vez y otra a las preguntas de los Comités presididos por McCarthy, Jenner o Velde, con el ritornelo de la Enmienda 5.ª.

Lo más que a alguno de ellos le ha ocurrido fué su destitución.

Actualmente está presentada una ley para reformar la Enmienda 5.ª. Su propósito es autorizar al ministro de Justicia para que, en ciertos casos, pueda darles a los testigos o acusados garantía de que si delatan cuanto saben acerca de los demás, sus declaraciones no serán usadas contra ellos.

Tal garantía llevará consigo, al propio tiempo, la obligación de contestar las preguntas suprimiendo la protección de la Enmienda 5.ª, en un esfuerzo supremo por meter el bisturí dentro de la llaga que no ha podido ser sacada a luz hasta ahora gracias al celestinismo de la Enmienda 5.ª.

Promulgada para defender al individuo contra los abusos de la autoridad, la Enmienda se ha transformado, al socaire de la conspiración soviética, en una arma de la traición y el espionaje.

Con el uso y abuso de la Enmienda 5.ª los rusos ponen una pica en el Flandes de su habilidad y destreza para transformar las leyes liberales y los principios del Estado democrático en un instrumento de la coartada. Una ley promulgada para defender al individuo es, con curiosa mezcla de refinamiento y osadía, explotada por el «aparato» soviético para sus fines, sin el más mínimo escrúpulo e incluso con un cierto sentimiento de fruición reflejado frecuentemente en el rostro de sus espías, a muchos de los cuales yo he visto negarse a contestar las preguntas de McCarthy, Jenner o Velde, no con la vista baja y la vergüenza en los ojos, sino más bien con un gesto desafiante y altanero, como diciendo: «Éstos son mis derechos, los derechos que me ha concedido el Estado liberal y democrático, contra los que usted, señor senador o señor diputado, no puede nada, pero en los que yo, más inteligente, más capaz y más adelantado que usted, me apoyo para destruirlos; ¿qué culpa tengo yo si usted es el representante del pasado y maneja un sistema caduco, mientras yo manejo el sistema moderno y soy un pionero del futuro?».

Uno de los espectáculos más desconcertantes para un observador de los actuales Estados Unidos es la altanería y contumacia de los espías que, aun habiéndose descubierto que lo son, no encuentran las autoridades democráticas pruebas suficientes para procesarles y condenarles. Son pocos los casos de los que comparecen ante los Comités investigadores no ya contritos, sino siquiera con modestia y vergüenza.

DISCOS Y TELÉFONOS

Otra de las reformas que el Gobierno ha introducido en el telar parlamentario tiene por objeto permitir que, en casos de espionaje y traición, puedan ser esgrimidas legalmente las pruebas obtenidas a través de la vigilancia de los teléfonos.

Según conté en el capítulo anterior, una de las razones para que el Supremo declarara ilegal la condena de miss Coplon fué el uso por la policía de discos conteniendo conversaciones telefónicas de la espía con su abogado.

Aunque el número de teléfonos cuyas actividades la policía vigila en los Estados Unidos debe de ser enorme, hasta poder decirse que constituye una de sus principales fuentes «informativas», la Constitución lo prohibe, pues el teléfono está equiparado legalmente a los servicios postales y telegráficos, otro de los medios de comunicación cuya inviolabilidad garantiza también la Constitución, sin éxito.

Si la policía sabe cuanto se dicen entre sí, se escriben o se telegrafían las personas que considera sospechosas, no puede sin embargo presentar lo que sabe como una prueba judicial sin que el acusado acuse, a su vez, a la policía de vulnerar la Constitución.

Ésta es otra de las grandes trabas con que las liberales autoridades norteamericanas trabajan frente a la despiadada y audaz conspiración soviética.

LEYES ANACRÓNICAS

La Enmienda 5.ª y la anticonstitucionalidad de la vigilancia telefónica no son las dos únicas razones que justifican el hecho de que deambulen por la calle docenas, sino centenares, de agentes rusos confesos indirectamente de su delito por ante comités investigadores y sobre los que la policía posee gordos y fehacientes ficheros.

Hay todavía otras muchas.

Una de ellas es la estricta definición que las leyes norteamericanas hacen de la figura de delito llamada espionaje.

En contraste con ciertos periódicos para quien espía es hoy todo aquel que está en desacuerdo con el respectivo periódico, para un juez norteamericano, espía es alguien muy concreto y preciso que no sólo entrega información secreta, sino que sabe que esa información «perjudica a los Estados Unidos y beneficia al extranjero».

Excepto en información de carácter atómico, sobre la que, como digo más arriba, ha sido promulgada hace tres años una ley moderna, eficiente y a tono con las exigencias planteadas por el complot soviético, un funcionario de los Estados Unidos, un militar, un científico o, para el caso, un ciudadano cualquiera puede entregarle a un agente enemigo el más recóndito e importante de los secretos y sin embargo, no haber cometido el delito de espionaje. Este exige la «intención» de que se beneficie un país extranjero. Lo mismo que sobre gustos, sobre intenciones no hay nada escrito.

Otro de los obstáculos puesto por la ley norteamericana en la carrera de sus propias autoridades contra los agentes soviéticos es el de la prescripción de delitos.

Supongo, aunque no soy autoridad en la materia, que todos los países tienen su ley de «prescripción», con arreglo a la cual los delitos dejan de ser condenables pasado un tiempo determinado después de su comisión.

En Inglaterra hay, en efecto, prescripción de delitos. Pero en todos los largos y memorables años que he estado informando desde la deliciosa isla, no recuerdo sino dos o tres casos en que los delincuentes fueran descubiertos demasiado tarde para perseguirles judicialmente. En los Estados Unidos raro es el día en que uno no lee u oye de algún delincuente que vive en la inmunidad gracias al «statute of limitations».

El «statute of limitations» regula con toda exactitud la prescripción de cada delito.

El de espionaje prescribe a los tres años, o, lo que es lo mismo, ningún espía al que no se le pruebe que ha estado ejerciendo su función activamente dentro de un período correspondiente a los tres

años anteriores, puede ser detenido o procesado.

Si ahora mismo se descubriera que John Smith le entregó a Stalin, en persona, todo el plan defensivo y militar de los Estados Unidos hace hoy tres años y un día, John Smith continuaría disfrutando de su libertad.

Tome usted el más espectacular y ruidoso caso de toda la historia del espionaje norteamericano. El caso de Alger Hiss, organizador de las conferencias de Yalta, San Francisco y Dumbarton Oaks, consejero de Roosevelt.

A Hiss le dió por hacerles frente a sus acusadores, negar todas sus denuncias y demandar a Chambers por difamación. Ahora ha salido de la cárcel.

Hubiera Hiss hecho todo lo contrario, hubiera admitido las denuncias de Whittaker Chambers y, aún más, hubiera reconocido que había sido espía al servicio de Rusia, y les había entregado a sus cómplices no sólo los documentos cuyas copias acabó presentando Chambers, sino muchos más, y Alger Hiss no hubiera ido a la cárcel.

Todos los delitos de que le denunció Whittaker Chambers habían sido cometidos hacía más de tres años, y aunque lo más probable es que Hiss haya seguido al servicio de Rusia hasta el mismo día en que le detuvieron, de los delitos cometidos en los últimos tres años no había pruebas o las que había no podían ser esgrimidas, por anticonstitucionales. Hiss, como contaré cuando llegue el relato a su historia, no fué condenado en el proceso de espionaje, sino en otro abierto por él mismo al denunciar a Whittaker Chambers de difamación.

SIMPATÍA IZQUIERDISTA

Traición es todavía mucho más difícil de precisar por los tribunales norteamericanos que espionaje. Tal cual la Constitución la define, sólo puede ser cometida en tiempos de guerra y ha de ser atestiguada por dos testigos presenciales, y las salvaguardas que la

ley concede hace prácticamente imposible que ningún espía o conspirador pueda ser condenado por traidor.

En estudio sobre la materia, un informe de la «Biblioteca del Congreso» dice que «deliberadamente o por omisión, el hecho es que las leyes no condenan una serie de actos cuya comisión puede resultar peligrosa para los Estados Unidos y beneficiosa para una potencia extranjera».

La facilidad con que los espías soviéticos han campado en los Estados Unidos por sus respetos y el favorable clima en que sus actividades se han desarrollado no fueron, pues, sólo producto de la benevolencia mostrada por los presidentes Roosevelt y Truman. El izquierdismo innato en los regímenes dirigidos por los dos presidentes demócratas y su preferencia mental hacia las gentes llamadas «progresistas», contribuyeron indudablemente al fomento del clima donde la traición floreció, pero aquello que más benefició a las maniobras rusas dentro de los Estados Unidos ha sido el anacronismo e ineficacia de las leyes a que han de atenerse los encargados de perseguir el espionaje y la subversión, aunque contra esta última cuentan con un instrumento mucho más sutil en el moderno y alerta «Smith Act».

Antes de terminar hablaré del «Smith Act».

En cuanto al espionaje, como se ha mostrado claramente durante la reciente disputa alrededor del «affair» Dexter-White, cualquiera que fuese la ceguera ideológica y las simpatías de los presidentes, y aun del Gobierno, capaces de llevar a Mr. Truman hasta a ridiculizar la persecución de Hiss y a ascender a White, después de saber que era agente comunista, el
F. B. I.
, o «Federal Bureau of Information», nunca tomó a broma los peligros de la conspiración comunista ni las delaciones de Whittaker Chambers y Elizabeth Bentley o cualquiera de sus otros informadores.

Desde el primer momento, el
F. B. I.
puso en conocimiento de las autoridades pertinentes cuanto pudo averiguar, y si su escasa iniciativa en descubrir a los espías comunistas parece, por lo que se conoce, extraña, en cambio no hay duda de que siguió con extraordinario celo y actividad cuantas

pistas pusieron ante ella sus informantes, sin preocuparse de que pudiera resultarle agradable o desagradable al presidente Truman y sus consejeros; seguro, incluso, de que le resultaría desagradable, pues hoy es sabido que Mr. Truman no podía tragar al jefe del F. B. I., Edgard Hoover, y no le podía tragar porque le venía con lo que el Presidente interpretaba como «cuentos de brujas» sobre los peligros del comunismo en alianza con el izquierdismo criado a los pechos del «New Deal». La indiferencia casi altanera con que Mr. Truman ignoró el informe revelador de que Harry Dexter White era agente comunista, sólo se explica teniendo en cuenta su preconcebida hostilidad contra la policía. Pero lo peor no era que la policía se encontrara con la hostilidad del Presidente y el Gobierno, lo peor es que se encontraba con la futilidad de las leyes.

PRESTIGIO DEL F. B. I.

Quizá haya que tener en cuenta el sentimiento que la ineficacia de las leyes provoca en la conciencia pública para comprender por qué la opinión no se ha vuelto nunca contra el F. B. I., sino que, al revés, aun después de saber que la traición y el espionaje han prosperado sin apenas traba alguna durante los últimos años, nadie pone en tela de juicio ni la integridad ni la destreza del jefe del el único hombre que habiendo sido designado por Roosevelt, Truman no se atrevió a destituir y Eisenhower ha mantenido en su puesto sin violentarse lo más mínimo.

Igual que el Congreso, y especialmente los Comités presididos por los senadores McCarthy y Jenner, así como el presidido por el diputado Velde, la policía de los Estados Unidos ha hecho cuanto ha podido para yugular y sacar a luz el extenso e intenso complot organizado por Rusia, a la sombra del Partido Comunista y la ideología marxista, pero, lo mismo que el Congreso, la policía ha

tenido que luchar con armas anticuadas y sin filo en un ambiente difícil y a veces hostil.

Uno puede imaginarse el estado de ánimo en que los investigadores policíacos habían de trabajar para descubrir la traición de Hiss al mismo tiempo que el Presidente de los Estados Unidos les describía como «cazadores de brujas».

La mayor transformación aportada a la historia de la lucha contra el espionaje por el régimen de Eisenhower es la de haber convertido lo que era un ambiente hostil contra los investigadores en un ambiente hostil contra los espías. Ahora ya no son los espías quienes reciben todos los ramos de flores presidenciales ni los investigadores todos los ladrillos, sino al revés.

Empleando el «Smith Act» o ley contra la subversión y las ideas revolucionarias, los Estados Unidos habían logrado ya en tiempos de Truman someter a proceso y condenar 83 de los dirigentes del Partido Comunista norteamericano con toda su plana mayor al frente (hay muchos más dirigentes en la cárcel que espías). A su vez, la detención, proceso y condena de los dirigentes comunistas sirvió para poner al descubierto que el Comunista no es un partido político más, con ideas populares o impopulares, preocupado por el bien de los Estados Unidos, sino un complot y una conspiración al servicio exclusivo de Rusia, para el que los intereses de Rusia son sagrados y los intereses de los Estados Unidos sólo merecedores de escarnio.

Al poner de relieve, tras un proceso judicial con todas las garantías, la verdadera índole y el verdadero papel del Partido Comunista, los Estados Unidos han arrancado la máscara del comunismo y, con la máscara, el aspecto ideológico, redentorista, humanitario y progresista bajo el que se presentaba a la admiración de los incautos y que probablemente fué el lazo con que enganchó dentro de su red de espionaje a jóvenes intelectuales, inquietos, impacientes y brillantes como Hiss, White, Remington, Perlo, los propios Chambers y Bentley,
etc.

Hoy las juventudes de los Estados Unidos empiezan ya a saber que el comunismo no es un partido idealista, progresivo, surgido para defender a los humildes contra los poderosos y para sustituir un orden social injusto por uno justo, sino una agencia más del

imperialismo ruso. Los norteamericanos creen que la aparición del comunismo al desnudo es una garantía para impedir que pueda continuar atrapando a las juventudes con sus supercherías. Encuentran confirmación a su creencia en el hecho de que la atracción ejercida por el Partido entre las juventudes universitarias e intelectuales ha cesado totalmente durante los dos últimos años. Si le separan de la «fuente de juventud», el comunismo acabará secándose, indudablemente, en los Estados Unidos.

Pero quedan las ramas del viejo árbol y queda la pléyade de espías que viven escabulléndose a las redes de la ley.

Elizabeth Bentley dijo que sabía que funcionaban en los Estados Unidos cuatro redes de espionaje. Hasta el momento sólo se descubrieron dos.

IV

EL ELEGANTE ALGER HISS. UNA GRAN JUGADA RUSA QUE RUSIA PERDIÓ

EL TESORO DE CHAMBERS

Habían pasado nueve años desde el anochecer otoñal en que, compareciendo en el apacible domicilio suburbano del subsecretario de Estado, Adolfo Berle, puso sobre la mesa la estupenda historia de la organización comunista dentro del Gobierno norteamericano, cuando, el 17 de noviembre de 1948, y para salvarse de ser él quien iba a la cárcel, en vez de Hiss, Whittaker Chambers conjuró desde una calabaza, en su granja de Maryland, los documentos conocidos hoy bajo la pintoresca denominación «Pumkin-papers», los cuales ocupan en la nomenclatura histórica norteamericana su lugar al lado del «Boston Tea-party» y el «Amerasia case».

Sólo a una precaución de conspirador nato debe Whittaker Chambers la libertad que goza y sólo gracias a ella evitó que los curiosos procedimientos jurídicos norteamericanos transformaran a Hiss de acusado en acusador y de traidor en mártir.

En vez de pasárselos a sus jefes rusos, Chambers se quedó con la última remesa de documentos oficiales entregada por Alger Hiss con destino al Kremlin y consistentes en fotocopias o copias a máquina y resúmenes escritos de puño y letra del propio Hiss de despachos enviados por los embajadores norteamericanos en varios países, informes de los agregados militares y comerciales o proyectos surgidos en el propio Departamento de Estado, todos ellos secretos y algunos secretísimos.

Aunque había pasado por numerosos interrogatorios policíacos desde el año 1946, aunque sus denuncias habían estado sometidas a investigación durante meses por el Comité Parlamentario sobre Actividades Antiamericanas, el cual incluso llegó a carearle con Hiss en el Hotel Commodore, de Nueva York, Whittaker Chambers nunca dijo una sola palabra en cuanto al «tesoro» que escondía. Tampoco lo había mencionado para nada en su primera delación ante Berle en el otoño de 1939. Posiblemente jamás lo hubiera sacado a luz de no forzarle los propios abogados de Hiss durante el proceso por

difamación.

Vayamos, empero, por sus pasos contados.

ROOSEVELT Y TRUMAN

Para el público norteamericano, y desde un punto de vista publicitario, el «caso» Hiss irrumpió sobre la nación el 3 de agosto del año 1948, al conjuro de una investigación parlamentaria. Sabían ya de sus actividades los presidentes de los Estados Unidos Roosevelt y Truman, a los que se lo habían comunicado las autoridades policíacas tres o cuatro años antes, y el informe hecho por Berle después de su conversación con Chambers el otoño de 1939. Por los ministerios y las cancillerías habían circulado rumores más o menos precisos. Pero nadie había osado lanzar el asunto al medio de la calle.

Por su parte, tanto Truman como Roosevelt no dieron crédito a los informes o, si les dieron crédito, no les atribuyeron importancia, considerando quizá que ser espía al servicio de un aliado apenas si constituía un delito para alarmarse. Sobre todo si el espía pertenecía a la pléyade del «New Deal», era de familia distinguida y porte elegante, y había pasado por la Facultad de Derecho de Harvard con extraordinaria distinción.

Ha sido dicho que los dos, Roosevelt y Truman, aun percatándose de todas las implicaciones existentes tras el caso Hiss, prefirieron cerrar los ojos para evitar las repercusiones electorales que contra el Partido Demócrata se hubieran producido de haber sido puesta al descubierto una conspiración en la que participaban algunos de los jóvenes favoritos del «New Deal». De esto no hay, empero, pruebas. «Existía entonces en Washington una atmósfera muy distinta de la que existe hoy», dijo el propio Hiss durante uno de los interrogatorios.

Alger Hiss ostentaba uno de los más importantes y poderosos puestos de la nación, como director de la «Fundación Carnegie para el Fomento de la Paz», cuando el día 3 de agosto de 1948, bajo el

tórrido verano de Washington, el mismo hombre gordo, desconfiado y rotundo a la vez, que, nueve años antes, se había colado, tras la oscuridad de la noche, en la casa del subsecretario de Estado, Berle, para confesar su historia, comparecía ante un Comité parlamentario y repetía la misma historia a la luz de los taquígrafos y los transmisores radiofónicos. El hombre gordo y pequeño, envuelto en un descuidado atuendo, tras el que difícilmente podía descubrirse al entonces próspero director de la revista «Time», con un sueldo de treinta mil dólares, comenzó prestando juramento al propio tiempo que decía: «Mi nombre es David Whittaker Chambers». Luego sacó un papel del bolsillo y comenzó a leer.

ANTE EL COMITÉ PARLAMENTARIO

«Hace casi nueve años, esto es, dos días después de que Stalin y Hitler firmaron su Pacto, yo me trasladé desde Nueva York a Washington e informé a las autoridades de lo que sabía respecto a la infiltración que los comunistas habían conseguido en el Gobierno de los Estados Unidos».

Siguiendo su lectura, el testigo llegó a un párrafo que levantó a los reporteros de sus sitios y les lanzó sobre las cabinas de teléfonos para transmitirlo a sus redacciones. «El centro de mi declaración ante las autoridades consistió en un informe describiendo el "aparato" al que yo estuve adscrito. Consistía en una organización subterránea —continuó leyendo Chambers fríamente, mientras la cálida atmósfera del salón parlamentario se enllamaraba— perteneciente al Partido Comunista de los Estados Unidos, dirigida, según lo que yo sé, por Harold Ware, uno de los hijos de la agitadora comunista conocida por el nombre de "mamá Bloor". Yo tuve contacto con dicha organización a la altura de su más elevado nivel, formado por unos siete hombres, entre los cuales años más tarde fué, al parecer, reclutado el grupo de miss Elizabeth Bentley. El jefe del grupo subterráneo era, en mis primeros tiempos, Nathan

Witt, consejero jurídico del Ministerio de Trabajo. Después lo fué John Abt. Entre sus miembros figuraban Lee Pressman, Alger Hiss y su hermano Donald Hiss, Víctor Perlo, Charles Kramer y Henry Collins».

Con la excepción de Alger Hiss, todos los demás espías y conspiradores mencionados por Chambers permanecieron en libertad. Todos ellos aceptaron implícitamente la acusación, negándose a declarar si era verdad o mentira, protegidos por la Enmienda 5.ª. Alger Hiss, el único que quiso negarlo y probar que Chambers mentía, acaba de cumplir una condena de cinco años en la penitenciaría de Lewisburg, Estado de Pensilvania, donde trabajó en la biblioteca y donde ha sido un prisionero modelo.

Después de haber perdido el proceso de difamación lanzado por él contra Chambers, el Gobierno de los Estados Unidos denunció a Hiss ante los tribunales por perjurio. Dos juicios orales fueron necesarios —uno de los cuales duró seis semanas y el otro nueve— antes de que el Gobierno consiguiera su condena. Esto último ocurrió el 12 de marzo de 1951. Diez días después, Hiss se presentó a las autoridades, pues hasta entonces había estado en libertad bajo fianza. A la mañana siguiente los norteamericanos vieron en sus periódicos una foto del antiguo y elegante diplomático, que había presidido una sesión en las Naciones Unidas y acompañando a Roosevelt en Yalta, subiendo a un coche celular, esposado con un ratero.

Ante los fotógrafos, el ratero se tapó la cara con su gorra, mientras Hiss mantenía la cabeza levantada y el imperturbable gesto de indiferencia que no le había fallado ni en los más difíciles momentos del largo y cambiante proceso.

Retrocedamos a Washington, al 3 de agosto de 1948 y a la escena en el salón donde estaba reunido el Comité parlamentario para el estudio de las actividades antiamericanas.

EL JOVEN DIPUTADO NIXON

No bien Chambers había acabado de hablar cuando un periodista de Baltimore llamó a la «Fundación Carnegie», de Nueva York, y puso en conocimiento de Hiss lo que acababa de ocurrir. Sin vacilar ni un momento, Hiss transmitió un telegrama al Comité pidiéndole que le diera ocasión para desmentir «las acusaciones lanzadas contra mí por un tal Whittaker Chambers». «Yo no conozco a Mr. Chambers, y, por lo que yo sé, jamás he puesto los ojos sobre él. No existe base alguna para sus afirmaciones», añadía Hiss. Acababa pidiendo que el Comité le oyera cuanto antes. Al día siguiente el Comité acordó acceder a la petición de Alger Hiss y oírle sólo veinticuatro horas después, el 5 de agosto.

«Yo he nacido en Baltimore, el 11 de noviembre de 1904, y comparezco a declarar por mi propia voluntad para negar de modo rotundo varias afirmaciones hechas ante este Comité por un tal Chambers… Yo no estoy ni he estado nunca afiliado al Partido Comunista… —anunció, antes que nada, Hiss, para luego pasar al punto que había de constituir la primera fase del duelo con Chambers—, ni conozco a Chambers, ni, en tanto como yo recuerdo, oí su nombre hasta el año 1947, cuando dos representantes del "Federal Bureau of Information", me preguntaron si le conocía».

La primera cuestión a dilucidar era, pues, si Hiss y Chambers se conocían o no. Convocado de nuevo Chambers, compareció el 7 de agosto ante el Comité, y el 7 de agosto fué cuando tomó la pelota en sus manos, por así decir, un joven y hasta entonces ignorado miembro del Comité, que era diputado por California y al que los periodistas describieron como «un hombre cetrino, de pelo abundante y oscuro, asistido por una extraordinaria pugnacidad y, a lo que parece, un vehemente deseo de llegar al fondo de las cuestiones». El joven diputado había de tener un papel decisivo en el duelo entre Hiss y Chambers, y más tarde había de alcanzar fama nacional como vicepresidente de los Estados Unidos. Se llamaba Richard Nixon.

Nixon empezó por preguntarle a Chambers si había visto en los periódicos la fotografía de Hiss y si era la persona a quien se había referido.

—Las he visto y es —contestó Chambers.

A continuación, míster Nixon apremió a Chambers con una serie

de preguntas sobre los Hiss y su familia, sus hijos, sus apodos, sus sirvientes, sus animales domésticos, las direcciones en que habían vivido, los muebles. A cada retahíla de preguntas el interrogado contestó con una retahíla de contestaciones precisas y llenas de tantos y tan íntimos detalles sobre los Hiss, que sólo podían ser obtenidos a través de la más estrecha amistad, y muchas de las cuales se referían a los gustos en libros, en la comida o las preferencias culturales de Hiss. Dijo que Hiss le había prestado una de sus casas, que había dormido varias veces en su piso y que, en una ocasión, le regaló un automóvil. En el efluvio de detalles mencionó de pasada que Hiss tenía una gran afición a la ornitología, y que una vez había visto un pájaro llamado en inglés «prothonotari warbler», lo que le impresionó mucho, porque, al parecer, es muy raro. Lo había visto, por más señas, en las orillas del Potomac.

UN «PROTOTIPO» QUE DA FE

Naturalmente que todo el interrogatorio de Chambers sobre sus relaciones con Hiss había tenido lugar en sesión secreta. Sólo unos días después, Hiss era convocado también en sesión secreta, y todo lo que había dicho Chambers, puesto a prueba por medio de hábiles preguntas respecto a su vida y sus costumbres. La pintura de sí mismo pintada por Hiss iba coincidiendo cada vez más con el cuadro descrito por Chambers, cuando casualmente el diplomático mencionó su afición a los pájaros.

—Ah, ¿es usted aficionado a los pájaros? —le preguntó el miembro del Comité míster McDowell, que, por rara coincidencia, también lo era.

—Mucho —contestó Hiss, sin la menor sospecha y con alegría por haberse encontrado en el Comité con un hombre que participaba de sus mismas preferencias.

—¿Ha visto usted alguna vez un «prothonotari warbler»?

—Sí que lo he visto, he tenido esa suerte.

—¿Dónde?

—Aquí mismo en Washington, a orillas del Potomac. ¿Y usted ha visto alguno, Mr. McDowell? —insistió, sin la menor sospecha, Hiss.

—Yo también he visto uno; en el cementerio Arlington.

Tras la historia del «prothonotari warbler», el Comité sometió a la consideración de Alger Hiss una fotografía de Chambers. Como insistiese en que no le había visto nunca, sólo parecía quedar el recurso del careo, y el Comité citó a ambos, sin que uno supiera del otro, para que comparecieran en la habitación 1.400 del Hotel Commodore, donde celebraba alguna de sus sesiones secretas, el 17 de agosto, catorce días después de la declaración pública hecha por Chambers.

CARA A CARA

Habiendo sido introducidos en el hotel por entradas distintas, Whittaker Chambers estaba ya en la habitación con los miembros del Comité cuando entró Alger Hiss. Presidía Nixon y, tras las formalidades de rigor, dirigiéndose a Hiss, le dijo:

—Este hombre (póngase de pie, Mr. Chambers) es Mr. Whittaker Chambers; ¿puede usted decirnos ahora si le reconoce?

Hiss.— ¿Puedo pedirle que hable?

Nixon.— Sí. Mr. Chambers, ¿quiere usted decirnos su nombre y su ocupación?

Chambers.— Me llamo Whittaker Chambers, y soy el director de la revista «Time».

Al llegar a este momento, según el protocolo oficial, del que estoy copiando, Hiss se acercó a Chambers.

Hiss.— ¿Quiere usted abrir la boca un poco más?

Mientras Chambers abría la boca y repetía su nombre, Hiss, dirigiéndose a los miembros del Comité, le hizo una serie de preguntas, cual la de si la voz que hoy tenía era la misma de los otros días, o los otros días hablaba en una nota más baja. Luego, Hiss le hizo leer y abrir la boca dos o tres veces más, hasta que

pareció mostrarse satisfecho.

Hiss.— Por lo que he visto hasta ahora, comienzo a creer que este hombre es un individuo que yo conocí bajo el nombre de George Crosley, pero querría oírle un poco más.

Nixon.— Pregúntele usted, Mr. Hiss.

Hiss.— ¿Es usted George Crosley?

Chambers.— No, que yo sepa. Usted, en cambio, es Alger Hiss, según me parece.

Hiss.— Ciertamente que yo soy Alger Hiss, pero siga usted leyendo.

Por último, Hiss dice que sí que cree que es Crosley, aunque su voz ha cambiado, se ha puesto dentadura nueva y ha engordado desde que Hiss le conoció «de pasada en 1934 ó 35»; pero en seguida vuelve al interrogatorio.

Hiss.— ¿Ha subalquilado usted alguna vez un piso mío en la calle 29 de Washington?

Chambers.— No.

Hiss.— ¿No ha vivido usted, con su mujer y su hija, en un apartamento en la calle 29, que era mío?

Chambers.— Sí.

Hiss.— ¿Cómo concilia usted la negativa anterior con la última afirmativa?

Chambers.— Muy simplemente, Alger; yo no alquilé el piso, sino que tú me lo cediste para que viviera en él, por la simple razón de que yo era un comunista y tú eras un comunista.

No fué difícil comprobar que quien decía la verdad era Chambers. Chambers demostró que Hiss no sólo le había cedido su piso para que viviera en él sin cobrarle nada, sino que, además, había tenido tres días viviendo en su propio domicilio a Chambers, su mujer y su hija; le había dado con el piso un automóvil «Ford», y los Hiss y los Chambers eran íntimos amigos, habían viajado juntos y convivido. Mrs. Chambers había hecho un retrato del hijo de Mrs. Hiss de su primer matrimonio, Timothy, y los Chambers le habían regalado (según la declaración de Chambers, por cuenta de Rusia) un tapiz persa a los Hiss.

TODO, MENOS LO QUE CONTABA

Sin embargo, cuatro meses después, Chambers se encontraba a punto de ser procesado por difamación y Hiss a punto de ser convertido en poco menos que un héroe nacional. Consecuencias de las bizarrías jurídicas norteamericanas. Chambers mostró hasta la saciedad que había dicho la verdad respecto a su amistad y conocimiento con Hiss, y probó todo cuanto declaró. Todo, menos una cosa. La cosa que Chambers no había probado ante el Comité es que Hiss, además de su amigo, era un comunista y había participado en la confabulación rusa dentro del Gobierno de los Estados Unidos.

Hiss, que poco a poco había ido admitiendo aseveraciones de Chambers, acabó parapetándose en la negativa cerrada contra la acusación de sus relaciones con el comunismo.

«Si Chambers repite la acusación de que soy o he sido comunista sin la exención que llevan consigo las declaraciones ante el Comité, se verá inmediatamente denunciado por difamación», amenazó Hiss.

Al día siguiente, Chambers dijo por la radio: «Hiss era comunista hasta el año 38, y probablemente lo continúa siendo hoy», lo cual provocó la denuncia por difamación ante un Juzgado de Baltimore, y la denuncia de Baltimore provocó, a su vez, la aparición de los documentos y fotocopias guardadas hasta entonces en una calabaza en la granja de Maryland. Si no hubiera tenido los papeles, Chambers no habría podido probar la acusación contra Hiss y hubiera ido a la cárcel por difamación. Probablemente, después de tal lección y de tal experiencia, nadie se hubiera atrevido a mencionar siquiera en los Estados Unidos las palabras comunismo o espionaje por muchos años, y Hiss y sus confabulados seguirían campando por sus respetos a mansalva. Una gran jugada rusa que Rusia perdió.

V

EL COMPLOT DESENMASCARADO DE LA REVISTA «AMERASIA»

UNA «FELIZ CONCLUSIÓN»

Quizá lo que indujo a los comunistas para dar la batalla con Hiss contra Chambers, a fin de atemorizar de una vez para siempre al anticomunismo, fué el recuerdo de lo ocurrido tres años antes con el «caso Amerasia».

Probablemente calcularon que si haciendo uso de las poderosas influencias y la gran reputación con que Hiss contaba, su delator era enviado a la cárcel por el delito de difamación, nadie se atrevería a levantar de nuevo los ojos contra la conspiración comunista, y la red soviética habría obtenido una patente de corso similar a la que el «caso Amerasia» le había proporcionado en 1945.

«Amerasia» había sido, en efecto, respecto al Asia lo que respecto a Europa era el complot descubierto por Chambers.

Un periodista de reputación llamado Frederick Woltman dijo: «Muchos observadores interpretan que este caso, uno de los más bizarros a que la curiosa jurisprudencia norteamericana dió lugar nunca, es la clave de la "débâcle" sufrida por América en Asia después de la última guerra. Si la persecución contra los encartados en el escándalo de "Amerasia" hubiera sido conducida con honestidad y vigor, la célula pro-comunista existente dentro del Departamento de Estado habría quedado al descubierto en 1945. Sin la ayuda de la célula comunista que había tendido sus redes en nuestro Departamento de Estado, probablemente en vez de rodar hacia la isla de Formosa, Chang-Kai-Chek habría hecho rodar él hacia Siberia al ejército rojo».

En noviembre de 1945 las autoridades judiciales de Nueva York ponían, con la entusiasta anuencia del fiscal que representaba al Poder público, en libertad a seis personajes detenidos unas semanas antes por la policía bajo la acusación de espionaje. A dos de los seis las autoridades judiciales les impusieron multas, pero a los otros cuatro ni eso. A los otros cuatro les pusieron en libertad simple y llanamente con gesto apologético antes que de reproche.

Cuando uno de los seis presuntos espías regresó desde la cárcel a su importante y confidencial puesto en el Departamento de Estado, el ministro, que lo era a la sazón un rico industrial llamado Stettinius, salió a recibirle por «la feliz conclusión de la injusta prueba a que usted fué sometido».

La «feliz conclusión» le otorgó a John Stewart Service, que tal era el nombre del diplomático, otros cinco años más para seguir sirviendo a Rusia desde él Departamento de Estado, hasta que hace dos fué, por fin, desenmascarado y destituido. Además de Service había otro funcionario del Departamento de Estado entre los detenidos por la policía y libertados por los jueces: Emmanuel Sigurd Larsen. Otro, el capitán Andrew Roth, trabajaba nada menos que en el Servicio de Inteligencia norteamericano mientras hacía espionaje para los rusos. De los tres restantes, uno, Mark Julius Gayn, era un periodista de origen ruso, nacido en Manchuria; otro, una señorita, de nombre Kate Louise Mitchell, unida por diletantismo, pues era mujer de fortuna, a todas las conspiraciones rusas; el tercero, jefe y alma del complot, había nacido también en Rusia, se llamaba Philip Jaffe y era el director, propietario y protector de la revista que le dió nombre al «caso Amerasia».

LO INDISCRETO Y LO CASUAL

Una de tantas oscuras e insignificantes revistas como se publican en Nueva York, «Amerasia» tiraba unos dos mil ejemplares cada mes, y, como su título indica, su provincia era la de las relaciones entre América y Asia, sobre las que publicaba artículos e informaciones de tendencia izquierdista, cual era entonces de moda, pero en general anodinos y que jamás hubieran llamado la atención policíaca de no haber intervenido una extraña mezcla de la indiscreción con lo casual.

La historia que aquí comienza desafía la imaginación de Edgard Wallace.

Comenzaba febrero de 1945. Más por pasar el tiempo que por

dictados del deber, un funcionario del Servicio de Contraespionaje en el Extremo Oriente se reclinó en el sillón de su confortable oficina de Washington y se puso a leer un artículo de la revista «Amerasia». De repente, Mr. Kenneth
O.
Wells creyó estar soñando. El artículo que tenía ante los ojos, impreso negro sobre blanco en las oscuras páginas de la oscura revista, reproducía palabra por palabra, un informe secreto y confidencial que el mismo Kenneth
O.
Wells había escrito para sus superiores hacía sólo dos semanas.

Con la revista en la mano, Wells llamó a la puerta del jefe del Servicio, Mr. Frank Brooks Bielaski. En el mismo momento, Bielaski cursó las oportunas órdenes para que la
F. B. I.
procediera a hacer una investigación sobre la revista, su carácter, sus contactos y su vida y milagros.

WASHINGTON SQUARE

Tenía «Amerasia» sus oficinas en la parte baja de la Quinta Avenida neoyorquina, no lejos de donde la elegante vía festoneada por joyerías, hoteles cosmopolitas y escaparates con tapices orientales desemboca en el proceloso existencialismo de Washington Square.

Mientras ponía bajo vigilancia la Redacción, la
F. B. I.
inició averiguaciones, por las que supo que la revista perdía unos dos mil dólares al año, que su propietario y financiero era Philip Jaffe, sinuoso comunista con extraordinarias conexiones y amistades en las alturas, nacido el 20 de marzo de 1897 en Moglive, ciudad de la Ucrania rusa. Había llegado a los Estados Unidos en 1905 y adquirido carta de nacionalidad en Nueva York el 4 de mayo de 1923, después de graduarse en la Universidad de

Columbia. Con el nombre de
J. W.
Phillips dirigió en un tiempo una revista abiertamente comunista y había servido de enlace entre el Partido y las organizaciones internacionales.

Al revés de lo que es habitual en las revistas, la Redacción de «Amerasia» tenía dos turnos. Uno de ellos trabajaba durante la noche, y entre sus funcionarios y colaboradores la policía descubrió comunistas tan notorios como el multimillonario Fredrick Vanderbilt Field; el profesor Owen Lattimore, procesado ahora por perjurio; Ana Luisa Strong y
T. A.
Bisson.

Entre las personas que se entrevistaban con Jaffe la policía descubrió a los funcionarios del Departamento de Estado, Service y Larsen, y al capitán del Servicio de Inteligencia, Ross. Un auricular secreto fué instalado en la habitación donde Service y Jaffe solían entrevistarse en un gran hotel.

Tras varias semanas de observación y vigilancia, la policía consideró que había llegado el momento de llevar la investigación un paso más allá, penetrando secretamente en la Redacción de «Amerasia» y, al amparo de la madrugada, la única hora en que el local estaba abandonado, proceder a un registro.

El domingo 11 de marzo de 1945 llegó la oportunidad buscada por los investigadores. Un portero, con el que ya estaban de acuerdo, les abrió la puerta de la calle, y la brigada de investigación, con el propio Bielaski a la cabeza, asaltó el misterioso santuario comunista.

Dejemos que nos cuente la historia con sus propias palabras el propio jefe de la policía, Bielaski, tal cual se la contó, tiempo después de que los detenidos habían sido libertados, al Comité parlamentario presidido por Hobbs.

PRODIGIOSO BOTÍN

«Yo mismo dirigí la incursión —comenzó el agente de la autoridad—, porque yo no creo en la táctica de enviar a un subordinado a hacer lo que usted no haría… Primero comencé por la habitación que daba a la calle.

»Apenas me había dado cuenta de que allí no había nada que pudiera interesarme a mí cuando uno de mis agentes a quien había enviado a registrar otras habitaciones vino a decirme: "Yo creo que encontramos algo de interés; venga en seguida".

»Al dirigirme hacia donde me llamaba mi agente observé que a un lado del pasillo había una gran habitación dedicada exclusivamente a taller de fotocopia, equipada para hacer fotocopias en enormes cantidades. En la habitación donde estaba el agente que me había llamado encontré una mesa cubierta con originales y fotocopias recientes de numerosos documentos cada uno de los cuales era de carácter secreto. Algunos estaban dirigidos al secretario de Asuntos Exteriores personalmente. Otros eran informes de los agregados militares en la China y otros países. Todos ellos llevaban el sello "confidencial". Había varios procedentes del Servicio de Inteligencia Naval.

»Aún no habíamos acabado de repasar el botín hallado sobre la mesa —continuó declarando Mr. Bielaski— cuando otro agente, mirando tras una puerta, tropezó con una maleta y dos maletines. Los tres estaban literalmente abarrotados de documentos secretos originales procedentes del Estado Mayor, del Servicio de Inteligencia y del Departamento de Estado. En total trescientos, cada uno de los cuales tenía entre 3 y 150 páginas. Cada, uno llevaba marcado el sello que reza: "La posesión de este documento por cualquier persona no autorizada constituye una violación de la ley contra el espionaje".

Para hacer corta una historia larga, antes de salir de la Redacción de «Amerasia» la policía había cobrado 1.700 documentos secretos referentes a las relaciones entre los Estados Unidos y el Extremo Oriente, en especial la China y el Japón, todos los cuales habían sido entregados por funcionarios a Jaffe o sus agentes, y de todos los cuales Rusia recibía oportuna cuenta.

Uno de los documentos se refería a la bomba atómica, entonces todavía desconocida, y de la que ni el propio Bielaski tenía noticia.

Pocas horas después, Bielaski estaba de nuevo en Washington y extendía su botín ante los asombrados ojos de su jefe, Van Beuren. Van Beuren, botín y Bielaski comparecieron inmediatamente ante el director del Contraespionaje, general Donovan, y, sin dar paz a la espuela, la misma noche, Donovan exponía el «caso Amerasia» al secretario de Asuntos Exteriores, Mr. Stettinius.

Desde el día en que, a consecuencia del artículo copiando el informe del agente Wells, habían recaído las primeras sospechas sobre «Amerasia», e iniciado la investigación de su vida y milagros, el presidente Roosevelt había desaparecido de entre los vivos y Harry Truman ocupaba, esta noche en que su secretario de Asuntos Exteriores se enteró del descubrimiento policíaco, la Casa Blanca. Alger Hiss, Laurence Duggan y Carl Aldo Marzani estaban en el Departamento de Estado. Harry Dexter White y Glasser, en la Tesorería. William Remington, en el Departamento de Comercio, etc.

Era el mes de mayo de 1945.

Pertrechado con el acopio de documentos cobrados en la Redacción de «Amerasia», los múltiples datos sobre las relaciones entre la revista y el comunismo, así como los discos de las conversaciones entre Service y Jaffe en el hotel de Washington, durante las cuales le hizo entrega de numerosos documentos, el «Federal Bureau of Information» creyó hallarse en condiciones de dar el golpe definitivo y el día 5 de junio procedió a la detención de los seis espías y traidores, a los que sólo unos meses después, en noviembre de 1945, hemos visto recobrando la libertad entre pleitesía por parte de las autoridades judiciales y felicitaciones por parte del ministro de Asuntos Exteriores de Mr. Traman, Mr. Stettinius.

Casi el mismo día, Alger Hiss presidía la sesión de clausura de las Naciones Unidas, con el presidente Truman hablando a su derecha y el secretario de Asuntos Exteriores, Stettinius, sentado a su izquierda.

Por ahí anda una fotografía del acontecimiento.

CONTRARIO A LA CONSTITUCIÓN

Cual había de ocurrir años después en el caso de Judith Coplon, las autoridades judiciales consideraron que la policía había adquirido sus pruebas por medios ilegales contrarios a la Constitución, que no autoriza ni el registro clandestino ni el fisgoneo en las habitaciones de los hoteles. En consecuencia, los jueces no podían aceptarlas, y, como consecuencia de que los jueces no pudieran aceptar, por una triquiñuela legalística, las pruebas de un complot al servicio de Rusia, los traidores y espías eran proclamados mártires de la perfidia y la tiranía policíacas, mientras que la prensa volvía todos sus cañones contra los vigías de la autoridad, a favor de los agentes enemigos.

Entre la gritería sobre la «libertad de prensa» y los sofismas jurídicos, los seis espías salieron a la calle para continuar tramando en la red de la traición y, conjuntamente con el «Institut of Pacific Relations», propulsar la derrota de Chang Kai Chek y el triunfo del comunismo en la China. El «Institut of Pacific Relations» se convirtió en el refugio para las actividades del «Amerasia», y cómo años después fueron hallados en un pajar 150.000 documentos secretos que desde los despachos oficiales habían pasado a las garras prosoviéticas del «Instituto», será contado en el próximo capítulo, otro pasmoso capítulo.

VI

PORQUÉ LOS COMUNISTAS SE APODERARON TAN FÁCILMENTE DE CHINA

EL CLIMA EN 1945

La tendida mano con que el ministro de Asuntos Exteriores, Mr. Stettinius, recibió a su funcionario John Stewart Service cuando, tras haber permanecido unas semanas a la sombra bajo la acusación de espionaje, volvió al Ministerio, no constituía un hecho aislado ni respondía a una actitud sentimental. Era la expresión del estado de ánimo reinante entonces dentro del Gobierno norteamericano, el cual contemplaba con más desconfianza los esfuerzos policíacos para debelar la traición que la traición misma.

Visto desde la plataforma de la actualidad, no es fácil comprender el clima existente en el año 1945. El espionaje al servicio de Rusia semejaba entonces como una de las libertades fundamentales concedidas por la Constitución de los Estados Unidos. A su vez, las restricciones constitucionales eran empleadas sin compasión para intimidar a los que delataban o perseguían el espionaje.

Semejante clima no fué disipado ni siquiera con las primeras escaramuzas entre los Estados Unidos y Rusia; ni con la expiración de la luna de miel entre los dos antiguos aliados.

Ya los rusos se habían apoderado, a cara de perro, de Polonia y Checoeslovaquia, y aún el Presidente de los Estados Unidos seguía caracterizando las investigaciones parlamentarias sobre la conducta de Alger Hiss y sus confabulados como cuentos de ladrones («red herring»). El Presidente comenzó a mostrarse más cauto después que las investigaciones sobre Hiss pasaron de la esfera parlamentaria a la judicial. Su secretario de Asuntos Exteriores, ni aun entonces. Al día siguiente de haber sido condenado Hiss por espía y traidor —en enero de 1950—, Mr. Acheson reiteró ante los periodistas su amistad hacia él y, con una cita bíblica, dijo que no estaba dispuesto a «volverle la espalda a un amigo en desgracia».

TRASLADO DE DOMICILIO

Durante su proceso por perjurio, en el año 1949, acudieron a declarar a favor de Alger Hiss dos magistrados del Tribunal Supremo, un exsecretario de Asuntos Exteriores y un futuro titular de la misma cartera (este último el actual secretario, Mr. Dulles). Los periódicos «New York Times», «Herald Tribune» y «Washington Post», entre otros muchos, habían tomado el partido del espía. Le presentaban poco menos que como un santo, mientras vapuleaban y presentaban como un demonio a su delator, el excomunista Whittaker Chambers. Todo ello después de que había sido puesto de manifiesto que Hiss mentía cuando comenzó negando que conociera a Chambers, y siguió mintiendo cuando, después de admitir que lo conocía, describió la relación entre ambos como casual y superficial.

Al abrigo de tal atmósfera nada más sencillo para los miembros de «Amerasia» que continuar desarrollando su conspiración.

No tomaron otra precaución que la de cambiar de domicilio e instalarse más suntuosa, elegante y respetablemente a la sombra de una organización que llevaba por nombre «Institut for Pacific Relations», o «Instituto para las Relaciones en el Pacífico», al que, en honor de la brevedad, designaré en adelante
I. P. R.

COMO EN UN BAILE DE MRS. MESTA

«Amerasia» murió pronto y sus confabulados dejaron atrás la atmósfera conspiracional y semibohemia de la baja Quinta Avenida, cerca de Washington Square. Trasladaron sus petates y tiendas de campaña a la solemne residencia del
I. P. R.
, donde comenzaron a codearse con los grandes entre los grandes y

los poderosos entre los poderosos.

El general Marshall, una de las más imponentes figuras de la Norteamérica moderna, era miembro del
I. P. R.
, en cuyas listas figuraba una pléyade de nombres cargados de riqueza y prestigio social, tras los cuales parecía oírse el eco del maestro de ceremonias, deshojando los nombres de los invitados, en una fiesta de Mrs. Perle («Call me Madame») Mesta.

Creado para «fomentar y esclarecer las relaciones diplomáticas en la región del Pacífico», con la bendición del Departamento de Estado, el
I. P. R.
era opulentamente subvencionado por los numerosos comerciantes e industriales norteamericanos con intereses en la China, el Japón o la India, así como por las instituciones Rockefeller y Carnegie. Especialmente generosa con el
I. P. R.
fué esta última mientras Hiss era su director. Tres hombres manejaban y dirigían la poderosa y extraña institución con sucursales no sólo en todos los países de Oriente, sino en Inglaterra, Francia, Italia, Dinamarca, Suecia,
etc.

ESTABLOS EGEOS

Los tres hombres que llevaban el timón del
I. P. R.
eran un embajador de los Estados Unidos, un catedrático y consejero del Departamento de Estado y un multimillonario.

Hoy el embajador, Mr. Philip Jessup, ha sido destituído después de admitir, bajo juramento, su relación con numerosas organizaciones criptocomunistas; el catedrático y consejero del Departamento de Estado, Owen Lattimore, está procesado, y de Lattimore el subcomité del Senado ha dicho que contribuyó

sistemáticamente con sus consejos al triunfo de los rojos en la China. El multimillonario Vanderbilt Field está sometido a investigación parlamentaria bajo acusación de «proteger, ayudar y fomentar» la conspiración comunista en los Estados Unidos.

De los tres, los dos últimos eran miembros de la «Amerasia», y el primero tenía no pocas relaciones con la tenebrosa «revista».

¿Cuál fué la suerte de la conspiración de «Amerasia» al refugiarse en el
I. P. R.
? Tanto se desarrolló y prosperó, tan bien le fué el negocio, que cuando, cinco años después de la nocturna incursión policíaca sobre las oficinas de «Amerasia», el Subcomité de Seguridad Interior ordenó otra incursión similar sobre el
I. P. R.
, el botín cobrado multiplicaba fabulosamente el revelado por las maletas y los cajones de «Amerasia».

En esta última la policía recogió unos 1.700 documentos.

En el registro del
I. P. R.
, 150.000.

Además, el elegante, poderoso y respetable «Instituto» había tomado mejores y más cuidadosas precauciones que la modesta y oscura «revista». Mientras los de «Amerasia» dejaban su cuerpo de delito tranquilamente en maletas, maletines y sacos, dentro de sus propias oficinas, el
I. P. R.
los había escondido precavidamente en un pajar y establos de la granja del multimillonario. Vanderbilt Field, de donde los investigadores del Comité parlamentario fueron a desenterrarlos entre hierba y forrajes.

Como los 1.700 documentos hallados en las oficinas de la baja Quinta Avenida, los 150.000 descubiertos en la geórgica granja de Mr. Vanderbilt Field, en cuyo ilustre nombre se entroncan dos de las grandes dinastías plutocráticas de los Estados Unidos, procedían todos de los Ministerios de Washington, y todos llevaban el sello de «secretos». En su mayoría eran informes de los agregados militares o comerciales, cuando no de los propios embajadores; fichas del Servicio de Inteligencia, estudios científicos sobre armamentos,

planos de barcos, carros de asalto y cañones, minutas de los Consejos de Ministros, etcétera. Apenas había habido detalle, proyecto o informe que, sobre las relaciones con la China y el Japón, hubiera pasado por los Ministerios y departamentos de Washington, del que no figurara copia u original en los curiosos archivos del
I. P. R.

El no menos curioso archivero de este curioso archivo, Mr. Vanderbilt Field, sigue en libertad, disfrutando de sus millones, aunque está sometido a investigación parlamentaria.

Pero volvamos al hilo de la historia.

DOS TRIUNFOS

Con su traslado desde «Amerasia» al
I. P. R.
la organización del espionaje ruso para la zona del Pacífico no sólo adquirió nuevas proporciones, sino nuevo carácter. El complot de «Amerasia» apenas si tenía otro objeto que proporcionarles a los soviets los documentos robados en los Ministerios norteamericanos. El
I. P. R.
tomó sobre sus hombros, además de la tarea de informar a los rusos, la de influir y determinar en Washington el curso de la política norteamericana respecto al Japón y la China con el fin de dárselo a los rusos blanco y migado.

La influencia y el poder del
I. P. R.
fueron la fuerza propulsora tras las dos decisiones que más han contribuido a la catástrofe cosechada por los Estados Unidos en el Extremo Oriente después de la guerra. La primera decisión es la de Yalta, concediéndoles a los rusos una situación preponderante en la China sólo para conseguir que entraran en la guerra contra el Japón, cuando el Japón estaba ya de hecho vencido. La segunda

decisión es la adoptada por el general Marshall como consecuencia de su misión extraordinaria en la China, y con arreglo a la cuál Chang Kai Chek hubo de reformar el Gobierno para admitir comunistas en su seno.

Uno de los consejeros y técnicos que el Departamento de Estado le había dado a Marshall para su misión en la China no era ningún otro que John Stewart Service, el joven e intrépido diplomático que hemos visto surgir de la cárcel para que el ministro de Asuntos Exteriores, Mr. Stettinius, pudiera felicitarle por la «feliz conclusión del injusto trance».

Contra su promesa de que tan pronto Alemania hubiera sido derrotada, ayudaría a los Estados Unidos en la guerra contra el Japón, el Kremlin, además de una posición preponderante en la China, se adjudicaba en Yalta varios territorios japoneses y una gran parte activa en la organización de la paz en el Extremo Oriente.

Si en la China el consejero político de Marshall era Service, en Yalta el consejero político de Roosevelt era Hiss. La conspiración comunista no dejaba nada al azar.

DOS FALLOS

Hábilmente dirigido por Owen Lattimore, Philip Jessup y Vanderbilt Field, el
I. P. R.
consiguió meterle a Chang Kai Chek, bajo la melosa fórmula de la «coalición», el enemigo en casa. Al mismo tiempo conseguía otorgarle a Rusia participación gratuita en los despojos del Imperio japonés.

Falló, por el contrario, en otros dos de sus audaces propósitos. Uno consistía en proclamar la República en el Japón, destronando al Emperador, y otro en llevar a cabo, poco menos que por un golpe de mano, el reconocimiento de la China roja.

Estuvo en un tris de que lograra los dos.

Los días 6, 7 y 8 de octubre de 1949, el
I. P. R.
sostuvo una «conferencia de tabla redonda» sobre la política que Norteamérica debía seguir respecto a la China.

Participaron en ella veinticinco «expertos» sobre el Extremo Oriente. Su presidente era Philip Jessup. De los veinticinco, nada menos que quince estaban relacionados con el
I. P. R.
A su vez, cuatro de los quince han sido denunciados, desde entonces, como miembros dirigentes del Partido Comunista. Owen Lattimore, procesado actualmente por perjurio, llevó la voz cantante en aquel bizarro cónclave, de donde salió una recomendación para que, aprovechando un momento oportuno, a fin de evitar la alarma en la opinión pública y la reacción por parte de las derechas, el Departamento de Estado procediese al reconocimiento de la China roja, o como uno de los participantes, Mr. Edwin Reischauer, hubo de resumir: «A lo que parece, estamos todos de acuerdo en cuanto a la conveniencia de reconocer el Gobierno de la China comunista y reconocerlo lo más pronto posible».

CONSIGNA IGNORADA

En cuanto al Emperador, el
I. P. R.
consiguió, por medio de Owen Lattimore, que el Departamento de Estado diera instrucciones al general MacArthur para que procediese a la destitución del Mikado, enviándolo desterrado a la China.

Afortunadamente, la consigna fué ignorada por el general en jefe del Pacífico, quien había sido ya sometido a otras presiones similares por otras fuerzas todavía más poderosas.

Conjuntamente con la destrucción de la Monarquía, el
I. P. R.

propulsó un plan para suprimir la industria y «agriculturizar» al Japón, igual al que para «agriculturizar» a Alemania había sido propugnado bajo el nombre del ministro de Hacienda en el Gobierno de Roosevelt, Mr. Henry Morgenthau. A la vuelta de varios años la ex comunista Elizabeth Bentley descubrió que el llamado «plan Morgenthau» había sido, en realidad, inspirado por Rusia a través de su hoy notorio agente Harry Dexter White, verdadero autor del proyecto.

Durante los años críticos transcurridos desde que la policía descubrió el complot «Amerasia» hasta que el Comité de Seguridad Interior ordenó la incursión que había de limpiar los establos de Vanderbilt Field, poniendo a la vista del público el complot del I. P. R., los Estados Unidos tuvieron al frente de la Sección del Extremo Oriente, en el Departamento de Estado, a John Carter Vincent, cuyas relaciones con ambos, «Amerasia» e I. P. R., son tan intensas como frondosas.

Hace poco menos de un año el despertar de los Estados Unidos ha ido a alcanzar, por fin, a John Carter Vincent. Hoy está destituído y retirado del servicio diplomático, si bien con derechos pasivos, pero antes de que la nueva vigilancia lograra atraparle, Mr. Vincent había, año tras año, saboteado sistemáticamente la ayuda de los Estados Unidos a Chang Kai Chek, y sistemáticamente había ayudado y facilitado la causa de los rojos en la China. He aquí en su original forma dialogada un botón de muestra sobre las actividades de John Carter Vincent, sacado a luz durante la investigación MacCarran por el almirante Cooke.

Senador Ferguson.— ¿Sabe usted, almirante, algo sobre el suministro de armas a los chinos nacionalistas por los Estados Unidos?

Almirante Cooke.— Sí; después de que el general Marshall regresó a Washington, en agosto de 1946, cesaron los suministros.

Senador.— ¿Discutió la cuestión con usted el general Marshall?

Almirante.— En términos generales me dijo que, después de que le habíamos vendido armas a los nacionalistas chinos, les privábamos de las municiones para utilizarlas.

Senador.— La decisión equivalía a dejar a los nacionalistas

desarmados.

Almirante.— Eso es. Por su parte, los rojos estaban siendo abundantemente suministrados por Rusia, que se había apoderado de grandes depósitos japoneses en Manchuria.

Senador.— Entonces, la explicación es que nosotros pusimos un embargo sobre suministro de armas para los nacionalistas en el momento que sabíamos que los comunistas estaban recibiendo más armas que nunca.

Almirante.— Exacto.

Senador.— ¿Quién determinó tal política?

Almirante.— La política fué adoptada en una conferencia del Departamento de Estado en la que participaron, además del secretario, Mr. Marshall, el subsecretario para las cuestiones del Extremo Oriente, Mr. John Carter Vincent.

Senador.— ¿Por qué no les entregó usted a los nacionalistas las municiones que habían sobrado en la China?

Almirante.— Porque el Departamento de Estado lo prohibió a través de una declaración formulada por Mr. John Carter Vincent.

En tanto los rusos intensificaban la ayuda a los chinos rojos, el grupo de confabulados dentro del Departamento de Estado conseguía que los Estados Unidos abandonaran a los nacionalistas. Al mismo tiempo, desde el Departamento de Estado y a través del
I. P. R.
era puesta en circulación una intensa campaña para convencer a los norteamericanos de que los chinos rojos no eran comunistas ni nada que se le pareciera, sino simples reformistas agrarios y demócratas, de los que los Estados Unidos no tenían nada que temer.

«Mao Tse Tung es a la China lo que George Washington fué a los Estados Unidos, y sus ejércitos a la historia de la China lo que fueron a la historia de los Estados Unidos las huestes de la Independencia. ¿Pueden los Estados Unidos mancharse las manos volviéndose contra los que representan nuestras propias y sagradas tradiciones?», exclamaba Owen Lattimore, entonces consejero del Departamento de Estado, hoy procesado por perjurio.

VII

ME NIEGO A CONTESTAR APOYÁNDOME EN LA ENMIENDA 5.ª DE LA CONSTITUCIÓN

FRANK COE

Creo haberlo dejado dicho ya. Si en vez de morirse de un ataque al corazón tres días después que, en 1948, fué sometido a interrogatorio, Harry Dexter White viviera hoy, andaría libre y podría incluso flagelar a los patriotas norteamericanos que pusieran en duda su conducta. Como anda libre Frank Coe.

Frank Coe era uno de los más íntimos amigos de Harry Dexter White. Su «vida paralela». Cuando White era subsecretario de Hacienda, Coe era su segundo de a bordo, y cuando White fué ascendido desde la Subsecretaría a la Dirección del Fondo Monetario Internacional, Coe surgió como el secretario general del «Fondo».

White hubo de dimitir la Dirección y retirarse a la vida privada bajo las sospechas y la ofensiva desencadenadas contra él por la Dirección General de Seguridad después de que habían coincidido en mencionarle como uno de los agentes rusos, dentro del Gobierno, Whittaker Chambers y Elizabeth Bentley. Aun desaparecido por el escotillón el director, el secretario continuó disfrutando de su puesto, de su poder y de su sueldo. Veinte mil dólares anuales libres de impuestos, coche y chofer.

Hasta 1952, cuatro años después de que su amigo y protector había caído en desgracia y muerto de un misterioso ataque al corazón, siguió Mr. Frank Coe manejando los «secretos» de los siete u ocho mil millones de dólares patrimonio del Fondo Monetario. Por fin, en noviembre o diciembre de 1952, una de las investigaciones parlamentarias dió alcance a la brillante carrera de Frank Coe. Le mandó comparecer a declarar.

Coe descendió de su «Cadillac» oficial y, dejando al chofer negro, subió las escaleras del Congreso con paso seguro y firme.

Con el «Cadillac» esperándole a la puerta, Coe prestó juramento tranquilo y sereno. Tras sus bien cortados trajes, sus corbatas de buen gusto, sus zapatos hechos a medida, su aplomo, podían

notarse cada uno de los ocho mil millones de dólares que guardaba el «Fondo» del cual este caballero era secretario.

UN TESTIGO DE CATEGORÍA

He aquí una elocuente manifestación del poder, la riqueza y los privilegios del sistema capitalista, una manifestación de las oportunidades que los Estados Unidos ofrecen a todas las razas, parecía proclamar la sola presencia de Frank Coe, tras cuya opulenta y cultivada estampa se delataba, aunque con eco lejano, una cierta estela de los «ghettos». «No hay puerta al éxito que, empujada por la inteligencia y la iniciativa, no abra el sistema capitalista norteamericano», pensaba yo mientras Mr. Coe prestaba su juramento. Yo, como la mayoría de los curiosos que se agrupaban alrededor del Comité, no sabía quién era Frank Coe ni qué razón le traía a declarar.

Terminados los preliminares, el senador
O'Conor
entró inmediatamente en materia con una pregunta que, en la opulenta y confiada atmósfera traída consigo por Coe, sonó como la iniciación de un juego de despropósitos.

—¿Podría decirme usted, Mr. Coe, si es comunista? —inquirió melosamente el senador
O'Conor.

En vez de la risotada que uno aguardaba del elegante caballero, el elegante caballero se mordió los labios, meditó un momento y respondió deliberadamente con rebuscada cortesía:

—Siento mucho no poder contestar a su pregunta, senador, pero me veo obligado a escudarme en la Enmienda 5.ª de la Constitución, que autoriza a negarse a declarar si decir la verdad puede perjudicar al testigo.

Senador.— ¿Podría entonces decirnos usted si en alguna ocasión ha realizado usted espionaje contra los Estados Unidos a favor de una potencia extranjera?

Coe.— Siento verme obligado a darle la misma contestación.

Senador.— ¿Y en la actualidad?; ¿se dedica usted actualmente a hacer espionaje desde el puesto que ostenta en el Fondo Monetario Internacional?

Coe.— Sigo escudándome en la Enmienda 5.ª para no contestar.

Al día siguiente, Frank Coe fué destituído de su puesto como secretario general del Fondo Monetario Internacional, donde administraba ocho mil millones de dólares y, de hecho, decidía qué países debían ser ayudados por el «Fondo» y qué países no.

Ocurría la anterior escena y la subsiguiente destitución de Coe hace un año.

FARSA QUE PUDIERA SER REALIDAD

Hace tres o cuatro días los comunistas se han reunido para proceder a «encausar» y «enjuiciar» al senador McCarthy, en lo que aquí llaman una «farsa jurídica» los propios comunistas.

Lo que aquí los comunistas llaman una farsa no es, empero, sino fiel expresión de cómo es administrada la justicia al otro lado del telón y cómo lo sería aquí si los comunistas triunfaran un día.

¿Sabe usted quién era el acusador en la «farsa jurídica» para enjuiciar a un senador de los Estados Unidos, públicamente y a ciencia y paciencia de las autoridades?

—El acusador en la farsa, que ha tenido por palenque un teatro de Nueva York y por objeto a un padre de la patria, a un representante de uno de los 48 Estados, a un legislador, a un patriota, ha sido Frank Coe, el ex alto empleado del Ministerio de Hacienda, ex consejero en la Embajada de Londres y ex secretario del Fondo Monetario Internacional; el mismo que, hace apenas un año; se escudó en la Enmienda quinta para negarse a declarar si es comunista o espía al servicio de la Unión Soviética.

Frank Coe, el espía y agente soviético, pidió la cabeza de McCarthy, públicamente y en un teatro de Nueva York. ¿Cuál es el

delito cometido por McCarthy, en el que Frank Coe se considera con derecho a proclamarse fiscal? Enemigo de la libertad.

UNO ENTRE MUCHOS

En realidad, el caso de Harry Dexter White sólo adquirió importancia excepcional porque el nuevo ministro de Justicia del Gobierno Eisenhower lo eligió, entre centenares, para ilustrar la indiferente inconsciencia con que Mr. Truman había ignorado los avisos e informes de la policía sobre la infiltración comunista dentro del Gobierno.

Treinta y seis nombres de funcionarios y altos empleados incluía el informe en que la policía le daba cuenta, el año 1945, a Mr. Truman de las actividades de Harry Dexter White. En el mismo informe, además de White, figuraban Alger Hiss, Víctor Perlo, George Silverman, Lauchli Currie, Duncan Lee, William Ullman y otros muchos, incluyendo a Harold Glasser y a Halperin.

Halperin, por ejemplo, fué nombrado jefe de la Sección de Hispanoamérica en el Departamento de Estado después de que Truman conocía el informe policíaco. Después que Truman sabía que era comunista, Glasser acompañó como consejero al entonces secretario de Asuntos Exteriores; cuando, en 1947, Marshall fué a Moscú para celebrar conversaciones con el Gobierno soviético. El mismo Glasser había sido nombrado director de la U.N.R.R.A., con poderes para decidir qué países podían beneficiarse de su ayuda y qué países no.

España figuró entre los excluídos, y en general, la ayuda de la U.N.R.R.A. fué administrada de tal modo que antes que sentimiento agradecido dejó por doquier una estela de odios contra los Estados Unidos.

DESDE EL ARROYO AL OLIMPO POR LA UNIVERSIDAD

Como el resto de los complicados en la diabólica confabulación bolchevique, Harry Dexter White era un producto manifiesto de los dos factores que más han contribuído a la historia de los Estados Unidos durante los últimos veinticinco años. La educación universitaria liberal, de un lado, y de otro lado la preeminencia concedida por la filosofía y la administración del «New Deal» a la teoría económica y administrativa.

Casi sin excepción, todos los participantes en el complot (por lo menos los descubiertos hasta ahora) eran técnicos en administración y economía, y todos, también sin excepción, habían conseguido carreras deslumbrantes a la sombra de Roosevelt.

Muchos ascendieron al olimpo del «New Deal» casi directamente desde el arroyo, sin más que los escalones de unas cuantas clases universitarias. No pocos eran hijos de padres que habían gemido en «ghettos» eslavos, de donde habían huído para buscar libertad, bienestar y, a veces, hasta riqueza en los Estados Unidos.

¿Qué freudiano complejo pudo influir en Harry Dexter White para llevarle a traicionar a los Estados Unidos poniéndose al servicio de Rusia?

Los padres de White, que se llamaban Weit, habían llegado a los Estados Unidos, huyendo de un «pogrom» ruso, desde Lituania, a fines del siglo pasado. Hay quien cree que el futuro espía había ya nacido en Lituania antes de que sus padres hubieran de emprender el éxodo. Pero esto no está claro. Lo que está claro es que en Boston, donde anclaron, los Weit no sólo hallaron refugio contra la persecución, sino libertad y hasta cierta fortuna. Cuando murieron, allá por la primera guerra mundial, tenían dos o tres tiendas de utensilios para cocina. Harry Dexter vendió la parte que le correspondía a los hermanos y reanudó sus estudios en la Universidad de Harvard, penacho de la cultura norteamericana.

Desde escapado de un «pogrom» en Lituania a estudiante en la Universidad de Harvard, donde por entonces enseñaba Jorge Santayana; no hay pequeño trecho.

No era, sin embargo, sino el primer trecho en una carrera que

había de llevar a Harry Dexter White, bajo su americanizado nombre, de triunfo en triunfo. Profesor, primero, en una Universidad. Deja la Universidad para entrar en el Ministerio de Hacienda. Sus ascensos son, empujado por Morgenthau, deslumbrantes. Apenas es posible seguirle sin sensación de vértigo, de peldaño en peldaño hasta la Subsecretaría del poderoso Ministerio de Hacienda de los Estados Unidos, convertido en el manipulador de toda la moneda norteamericana, el hombre de confianza del ministro, el portento de las conferencias internacionales y uno de los más poderosos hombres de Washington.

—¿Cómo se arreglaban ustedes para meter a sus agentes en los departamentos donde les interesaba? —le preguntó un senador a Elizabeth Bentley.

—Nada más fácil; se lo pedíamos a Lauchlie Currie, el ayudante del presidente Roosevelt, o a Harry Dexter White; no parecía haber nadie en Washington que Harry Dexter White no conociera y de quien no fuera amigo; sus deseos eran, por lo general, órdenes en cualquier departamento de cualquier Ministerio.

PODERES EXTRAORDINARIOS PARA EL SUBSECRETARIO

El mismo día en que los Estados Unidos se vieron envueltos en la última guerra, el ministro de Hacienda cursó una orden delegando en el subsecretario Harry Dexter White todas las funciones relacionadas con la guerra.

«Desde ahora cuanto se refiera a las relaciones del Ministerio de Hacienda de los Estados Unidos con sus similares de los países aliados será llevado personal y directamente por usted», le decía Morgenthau en la cariñosa carta donde le comunicaba los nuevos poderes con que había sido investido.

Mostrando cuánto era su celo por el prestigio del Ministerio de Hacienda y cuán grande su iniciativa, además de encargarse de las

relaciones financieras con los aliados, White le sugirió a Morgenthau la instauración de un sistema nuevo y original para el intercambio de información con los Ministerios de la Guerra y Asuntos Exteriores norteamericanos. El de Hacienda les transmitiría a los otros cuanto supiera y ellos harían lo mismo con el de Hacienda. Así sería fácil establecer una colaboración íntima.

El subsecretario se encargaba personalmente también de coordinar y dirigir el intercambio de información entre los tres Ministerios, pues su apetito de trabajo parecía insaciable.

No le era suficiente siquiera con tantas y tan absorbentes funciones públicas. Todavía se cargaba con otras que celosamente le hacía asumir a su jefe y ministro, cuyo nombre adquirió con frecuencia brillo y lustre gracias a ellas. ¿Quién no recuerda el «Plan Morgenthau» para la destrucción de la industria alemana y la «agriculturización» del país, que tanto prestigio le dió al ministro de Hacienda norteamericano en cierto momento y entre ciertos sectores?

—¿Sabe usted algo sobre el «Plan Morgenthau»? —le preguntó un senador, en uno de los interrogatorios, a Elizabeth Bentley, la espía comunista arrepentida.

—Sí, señor; el «Plan Morgenthau» fué redactado por Harry Dexter White bajo inspiración soviética. Los soviets querían arrasar la industria alemana para que Alemania no pudiera volver a convertirse nunca en una barrera occidental.

No hace mucho ha sido descubierto que Harry Dexter White había sido igualmente autor de los llamados «Doce Puntos de Cordell Hull» presentados por Norteamérica al Japón en noviembre de 1941. A través de los «Doce Puntos» los japoneses creyeron ver que, bajo capa pacifista, los Estados Unidos lo que se proponían era nada menos que la destrucción del imperio japonés. La única solución, si querían salvar el imperio, estaba en ir a la guerra. Al día siguiente de recibir los «Doce Puntos» el Gobierno japonés dió la orden de proceder al ataque del Puerto de las Perlas.

«YO ODIO LA TIRANÍA»

Sólo tres días antes de que su vida concluyera misteriosamente en una misteriosa y apartada granja, adonde se había retirado cuando hubo de dimitir la dirección del Fondo Monetario, Harry Dexter White había pronunciado ante un Comité investigador una arenga negando que hubiera sido o fuese comunista, ni que jamás hubiera hecho espionaje al servicio de Rusia. Su habilidad dialéctica, su destreza en el uso de las palabras y la historia de su vida dejaron casi convencidos a los investigadores y arrancaron calurosos aplausos entre los espectadores.

«Yo odio la tiranía y creo en la libertad», rezaba el «leitmotiv» de la declaración de White.

¿Cómo va a ser espía al servicio de Rusia un hombre cuya familia huyó de la persecución, la intolerancia y la barbarie rusas para encontrar prosperidad, honores y poder en la libertad, la tolerancia y la civilización norteamericanas?, se preguntaba al día siguiente un periódico.

Aún hubieron de pasar tres años, con Harry Dexter White ya muerto y casi olvidado, hasta que Whittaker Chambers, sacando de la famosa calabaza las pruebas de que Hiss había sido un espía, sacó también las pruebas de que lo había sido Harry Dexter White. Entre los documentos dados a Chambers cuando era enlace con el ruso Bykof, y que Chambers había escondido, había varios escritos de puño y letra de Harry Dexter White.

ACTIVIDADES EN ESPAÑA

No menos bizarro que el caso de Harry Dexter White o Harold Glasser, sino más, es el de un tal Milton Wolf. Yo sólo sé de Milton Wolf lo que contó el senador Jenner y el diálogo que, de su interrogatorio por el Subcomité de Seguridad Interna, ha sido dado a la publicidad.

«Milton Wolf es el “comandante general” de los excombatientes —ha dicho el senador— de la Brigada Lincoln, una organización compuesta por norteamericanos que lucharon del lado rojo o

comunista durante la guerra civil española. Durante la segunda guerra mundial, Wolf fué adscrito a una de nuestras propias organizaciones, la llamada “Office of Strategic Services”, que, por lo visto, era de carácter estrictamente secreto y, de hecho, tenía a su cargo el espionaje y contraespionaje norteamericano».

Hasta aquí lo que el senador Jenner ha contado sobre la personalidad del «comandante general» de los excombatientes de la Brigada Lincoln.

Veamos ahora parte de la declaración prestada por Milton Wolf, al ser interrogado sobre su vida y milagros, ante el Subcomité de Seguridad Interior.

Testigo.— Por entonces fuí adscrito al
O.S.S.
(Office of Strategic Services) con el ejército de los Estados Unidos en Italia.

Investigador.— ¿Era usted a la sazón miembro del Partido Comunista?

Testigo.— Me niego a contestar apoyándome en la Enmienda 5.ª.

Investigador.— ¿Ha recibido usted instrucción de alguna clase por comunistas extranjeros?

Testigo.— Me niego a contestar apoyándome en la Enmienda 5.ª.

Investigador.— Mientras era usted un miembro de los Servicios de Inteligencia norteamericanos, ¿celebró usted conversaciones secretas con comunistas extranjeros?

Testigo.— Me niego a contestar apoyándome en la Enmienda 5.ª.

Investigador.— ¿Ha hablado usted alguna vez de los secretos pertenecientes al Servicio de Inteligencia norteamericano con comunistas extranjeros?

Testigo.— Me remito a la Enmienda 5.ª.

Investigador.— ¿Ha cometido usted actos de espionaje contra los Estados Unidos?

Testigo.— Me remito a la Enmienda 5.ª.

Presidente del Comité Investigador.— ¿Es usted miembro del Partido Comunista en la actualidad?

Testigo.— Me remito a la Enmienda 5.ª para no contestar.

Senador Welker.— ¿Es usted actualmente un espía que trabaja contra los Estados Unidos?

Testigo.— Me remito a la Enmienda 5.ª. para no contestar.

Senador Welker.— Le ruego que preste ahora la mayor atención a lo que le voy a preguntar. ¿Tuvo usted conocimiento mientras formaba usted parte de la Brigada Lincoln en España, de que varios ciudadanos norteamericanos se rebelaron contra el mando comunista y fueron asesinados?

Testigo.— Me niego a contestar protegiéndome tras la Enmienda 5.ª a la Constitución, con arreglo a la cual ningún testigo está obligado a declarar si, de decir la verdad, puede salirle perjuicio.

Senador Welker.— ¿Ha tenido usted parte en la ejecución de ciudadanos norteamericanos en España?

Testigo.— Me niego a contestar la pregunta, escudándome tras la Enmienda 5.ª.

Terminado el interrogatorio, Milton Wolf les dió la espalda a los senadores y salió a la calle un hombre libre, meditando seguramente en los procedimientos para superar sus ejecutorias: asesinato colectivo de jóvenes norteamericanos en la lejana tierra de España, adonde habían sido llevados con supercherías, y espía al servicio de Rusia mientras estaba adscrito a los servicios secretos de su Patria. En el mismo momento en que estaba declarando era aún espía ruso, según su paladina confesión.

VIII

LOS ESPOSOS ROSENBERG VAN A LA SILLA ELÉCTRICA

EL PRIMER INDICIO

Aparte sus dos cómplices, Morton Sobell y David Greenglass, ambos cumpliendo condenas, los únicos norteamericanos, extraídos de la red comunista y sentenciados por espionaje son los esposos Rosenberg: Julius y Ethel. Murieron en la silla eléctrica de la prisión de Sing Sing el último verano. Julius, que estaba más nervioso, primero, y, después, Ethel, que se encontraba más tranquila.

Hasta el último instante el Ministerio de Justicia mantuvo, para el caso de que decidieran «cantar», abierto un hilo telefónico directo entre la Secretaría del ministro y la cámara donde está instalada la silla eléctrica. Les habían prometido que si delataban a sus cómplices y revelaban todo lo que sobre la red sabían, les sería perdonada la vida. Prefirieron perder la vida y mantener el secreto, dejando tras ellos el más grande quebradero de cabeza y la mayor perplejidad con que ha tropezado quizá nunca el Servicio de Contraespionaje norteamericano.

El primer cabo de la «red Rosenberg» lo sacó inconscientemente a luz el diplomático ruso Guzenko.

Uno de los múltiples papeles y notas con que Guzenko huyó de la Embajada rusa, echándolos sobre la mesa de un oficial de la Policía Montada, contenía la palabra «Fuchs». Guzenko no sabía lo que «Fuchs» quería decir, excepto que en alemán significa «zorra». Cuando la policía empezó a tirar de la palabra «Fuchs», el hilo no paró hasta sacar del ovillo a los Rosenberg. Después de los Rosenberg, el hilo volvió a perderse en el arcano del silencio de los esposos y espías.

Antes de que la policía comenzara a tirar de la punta del hilo pasaron más de cuatro años, empero.

Siga usted, si tiene paciencia, esta extraordinaria historia en el arte de la lentitud, repentinamente acelerada.

UN MATRIMONIO APACIBLE

Guzenko huyó de la Embajada rusa y se presentó con su carga a las autoridades canadienses el 5 de septiembre de 1945.

Fuchs no fué detenido hasta el 3 de febrero de 1950, en Inglaterra, pero después del 3 de febrero los acontecimientos se precipitan.

Sólo a los dos meses y medio es detenido, en Nueva York, Harry Gold, el 23 de mayo de 1950. El 16 de junio es detenido, también en Nueva York, David Greenglass. El 17 de julio es detenido Julius Rosenberg, y el 11 de agosto su mujer, Ethel. Ethel Rosenberg y David Greenglass eran hermanos.

Fuchs, que desde el primer momento se mostró dispuesto a colaborar con las autoridades, había delatado a Gold. A su vez, Gold delató a Greenglass, y Greenglass delató a Julius y Ethel.

Al llegar al matrimonio Rosenberg la cadena de las delaciones quedó rota ante la impenetrabilidad comunista de la pareja, en la que la policía no pudo abrir brecha por ninguno de los medios a su alcance. Cada vez que el marido estuvo a punto de vacilar, la mujer logró apuntalarle.

Ethel Greenglass era dos años más vieja que Julius Rosenberg. Ambos habían nacido en el «Low East Side», el sórdido barrio —vecino de la «aldea gallega»—, por donde los judíos huídos de los «ghettos» polacos han penetrado durante los últimos cien años lentamente en la civilización neoyorquina. Fueron detenidos en una especie de grande e inhóspito bloque de viviendas surgido sobre uno de los antiguos lozadales en que los dos habían jugado de niños.

No debieron de haber jugado mucho, sin embargo. Ni el uno ni el otro pertenecían al tipo bullicioso y dinámico, sino al reconcentrado y serio.

Julius usaba gafas desde su juventud, y casi desde su infancia Ethel se adornaba con las formas rechonchas, plácidas y estáticas tras las que parecen delatarse más bien inclinaciones hogareñas y virtudes familiares que desvelos revolucionarios o ambiciones incendiarias. Viéndoles, ella con sus gabancitos de cuello de piel barata y él con su cartera bajo el brazo y sus ojos miopes tras las

gafas, a veces dos niños más bien enclenques de la mano, sus vecinos no les suponían probablemente cosa más dramática que la posesión de una tienda en Delancey Street.

Julius había estudiado Química en la Universidad de Columbia, y parece que fué allí donde cogió el microbio comunista. Nadie sabe muy bien dónde lo pilló Ethel, ni dónde esta mujer amorfa, oscura, opaca, logró nutrirse de la intolerancia, la tenacidad y el «iluminismo» comunista que la llevó a conducir su proceso como una batalla ideológica, con absoluta indiferencia de su suerte, la suerte de su marido y la de sus dos hijos —uno de cinco años y otro de nueve—, a los que convirtió fríamente, como convirtió el proceso, en instrumentos para combatir el capitalismo y la «decadente sociedad que busca víctimas y venganza».

Hasta el mismo día de su electrocución, Julius y Ethel estuvieron intercambiando, desde sus respectivas celdas, cartas que, tras una retórica macabra, seguían fielmente la línea marcada por el «Daily Worker». Traducidas a nueve idiomas y publicadas en un libro cuyo producto va a engrosar un fondo para la educación de los dos huérfanos, forman ahora parte de la literatura comunista.

RECORDANDO A FERRER Y GUARDIA

A pesar de tan escalofriante fidelidad a los designios de Moscú, el Partido Comunista norteamericano y, probablemente, el propio Moscú sólo respiraron tranquilos cuando recibieron la noticia de que, al fin, las sillas eléctricas habían cumplido su función. Hasta aquel momento vivían con el alma en un hilo, temiendo que pudieran ablandarse y delatar a sus cómplices.

Desde la llevada a cabo alrededor del terrorista español Ferrer, quizá nunca fué desencadenada una campaña internacional con tanto ímpetu, proporciones y medios como la encandilada alrededor de los espías atómicos Julius y Ethel Rosenberg por los comunistas y Moscú.

De creer al rabino Dr. Andhil Fineberg, que ha seguido minuciosamente el proceso, sobre el que escribió un libro, el propósito de Moscú y los comunistas no era salvar a los espías de la silla eléctrica, sino, al contrario, impedir que fueran indultados.

Desde la cárcel los Rosenberg ya no podían prestar ningún nuevo servicio al comunismo, en primer lugar. En segundo, mientras estuvieran vivos siempre subsistía la posibilidad de que uno u otro —especialmente Julius, que era el más débil de los dos— sufriera un quebranto y delatara a sus cómplices. En tercer lugar, la electrocutación no sólo acallaba a los Rosenberg para siempre, sino que era susceptible de agregarlos al martirologio marxista.

Entre tener dos posibles delatores vivos o dos mártires muertos, los rusos se inclinaron a favor de los mártires, según las conclusiones del rabino Dr. Fineberg, y de aquí el hecho de que la campaña alrededor de los Rosenberg fuera convertida en un escándalo internacional y presentada como un reto a la justicia norteamericana, de tal modo que aun suponiendo que el presidente Eisenhower hubiera querido indultarles, difícilmente habría podido sin dar la impresión de que los Estados Unidos cedían no a los dictados de la conciencia o la conmiseración, sino a la presión y la coacción extranjeras.

JUSTICIA INGLESA Y JUSTICIA AMERICANA

Detenido en su laboratorio de Harwell, donde era uno de los más brillantes investigadores atómicos, el día 3 de febrero del año 1950, Klaus Fuchs fué condenado a quince años veintisiete días después en Londres, durante un juicio oral que apenas si duró diez minutos. Si había tardado en alcanzarle, la justicia inglesa usó con Fuchs de su habitual rapidez y eficiencia.

Con los Rosenberg la justicia norteamericana usó de su habitual lentitud e indecisión.

Detenidos sólo cinco meses después que Fuchs, pasaron tres años

antes de que fueran ejecutados y casi uno antes de que fueran juzgados. Su juicio oral, en vez de los diez minutos que había durado el de Fuchs, duró desde el 7 al 29 de marzo, y en vez de por juez, los Rosenberg fueron juzgados por un jurado en juicio oral público. Después de condenados, la sentencia estuvo sujeta a apelaciones y revisiones una tras otra. Cinco veces consiguieron los recursos de su imaginativo y tenaz abogado, Mr. Bloch, aplazar la ejecución. Una de ellas por medio incluso de un magistrado del Supremo. Ninguno de los recursos fué planteado sobre la cuestión de fondo de la culpabilidad de los espías, sino sobre cuestiones de trámite y procedimiento a las que la administración de justicia norteamericana ofrece innumerables oportunidades y que, en este caso, ofrecía además la oportunidad de darle al mundo la impresión de que existían dudas respecto a la culpabilidad del matrimonio.

SURGE GREENGLASS

Aquí ni los comunistas negaban siquiera que los Rosenberg fueran espías. Lo que los comunistas negaban es el derecho del Estado norteamericano a defenderse contra los espías si éstos trabajan a la mayor gloria de la causa roja.

No ha quedado muy claro, empero, cómo el, en apariencia, modesto, oscuro y más bien sórdido matrimonio fué reclutado para la red de espionaje ruso.

Volviendo la vista al proceso, los Rosenberg surgen de la oscuridad con el mismo misterio en que, desde la silla eléctrica, desaparecen en la oscuridad, en noviembre del año 1944.

En noviembre de 1944, la cuñada de Ethel Rosenberg, Ruth Greenglass, decidió visitar a su marido, David, sargento en los laboratorios experimentales de Los Alamos. David Greenglass era hermano de Ethel Rosenberg, y los esposos Rosenberg le dijeron a su cuñada que pidiera a David información respecto al personal que había en Los Alamos, los experimentos de que tuviera conocimiento y otros detalles.

Cuando Ruth volvió a Nueva York trajo con ella una serie de datos que entregó a los Rosenberg. Greenglass inicia así su actuación en la red de espionaje, de donde sólo había de salir con la declaración que llevó a su hermana y cuñado a la silla eléctrica. Sin la delación de Greenglass, los Rosenberg no hubieran probablemente sido detenidos, y, de haber sido detenidos, no hubieran podido ser condenados.

Al revés que los Rosenberg, Greenglass no era comunista, y se había lanzado al espionaje por las relativamente pequeñas cantidades de dinero con que los Rosenberg le engolosinaron a él y a su mujer. Una vez que le tuvieron dentro de la red, los Rosenberg hacían uso de Greenglass como enlace con Fuchs, por un lado, y un tal Gold por otro. Este Gold iba y venía como valijero de Nueva York a Nuevo Méjico, entre Fuchs, Greenglass y Morton Sobell.

Mandando a su hermana y cuñada a la silla eléctrica, Greenglass consiguió que las autoridades excluyesen del proceso a su mujer y limitaran a doce años la sentencia dictada contra él.

En medio ha sido dejada la madre de ambos, una vieja judía, piadosa y creyente en Dios, que vió a su hija ir a la silla eléctrica empujada por su hijo, con un gesto perplejo y patético. Hubo un momento en que compartían a la vez el triste y pequeño piso de esta vieja judía en el Low East Side, su nuera, la mujer de Greenglass, y sus dos nietos, los hijos de Rosenberg. Los hijos de los condenados a muerte vivían con la mujer del que les había delatado y acusado, que tal es el demoníaco efecto capaz de ser provocado sobre la inocente Tierra por la perversión comunista.

CARTAS DESDE LA CASA DE LA MUERTE

Además de traducida a nueve idiomas y publicada en numerosos países con el título de «Cartas desde la casa de la muerte», la correspondencia intercambiada por los esposos Rosenberg desde sus respectivas celdas en la cárcel, ha sido convertida en una obra

teatral y estrenada en Londres en octubre del año 1953.

Han sido escritos miles de artículos, reportajes y hasta romances sobre su «martirio».

Movido sutilmente por agentes comunistas en Bruselas (también había sido uno de los centros donde mejor prendió la propaganda antiespañola alrededor del caso Ferrer), un grupo de abogados ha intentado incluso realizar un contrajuicio oral en el que, en vez de los espías Rosenberg, estuviera en el banquillo de los acusados los Estados Unidos.

En la propia Norteamérica los comunistas explotaron el entierro de los dos espías a fin de montar una farsa propagandística con el acento sobre lo macabro.

Reunidos en Union Square, entre banderas rojas y pancartas propagandísticas con inscripciones contra el «imperialismo yanqui», los comunistas estuvieron pronunciando sus discursos de agitación hasta el mismo instante en que el reloj del rascacielos «Prudential» hizo sonar la hora para la que había sido fijada en Sing Sing la ejecución de los dos espías.

Al son de las campanadas, los comunistas cayeron de rodillas y, según la descripción que al día siguiente hizo el «Daily Worker», inclinando sus estandartes con la hoz y el martillo, prorrumpieron «en una oración por el alma de los Rosenberg», mientras los dos hijos de los ajusticiados, «inocentes víctimas de la venganza capitalista», eran elevados a la contemplación pública sobre un tinglado construído previamente.

La sinceridad del espectáculo con comunistas hincados de rodillas orando por el alma de dos espías muertos en olor de materialismo histórico, mientras dos niños eran explotados con el solo propósito de tocar la cuerda sentimentalista del pueblo norteamericano, puso epítome, además de epílogo, al esperpento en que los comunistas y Rusia quisieron transformar el sencillo y simple caso de los Rosenberg, dos espías que traicionaron a su país, entregándole los secretos atómicos a Rusia, y que fueron condenados por una ley tan clara como simple: la ley contra el espionaje atómico, aprobada sólo un año antes, y en la que la revelación de secretos sobre el proceso atómico es castigada con la pena de muerte.

Uno de los argumentos manipulados por los comunistas es el de

que nunca antes los Estados Unidos habían condenado el espionaje con la muerte en tiempos de paz. Nunca antes habían sido juzgados espías atómicos por la nueva ley sobre el espionaje atómico, excepto Greenglass, Gold y Sobell. Sobell, Gold y Greenglass se salvaron de la aplicación extrema de la pena porque el primero no fué sino un instrumento de los Rosenberg, y los dos últimos, además de no ser tampoco más que instrumentos de los Rosenberg, ayudaron a las autoridades declarándose arrepentidos y contando cuanto sabían.

Si en lugar de seguir protegiendo a la organización soviética aquí, los Rosenberg se hubieran arrepentido de la traición y contado lo que sabían, lo más probable es que hoy siguieran vivos.

Exceptuadas las de los Rosenberg, las únicas vidas norteamericanas que ha costado hasta el momento el espionaje ruso en los Estados Unidos son las de Dugan, un diplomático que, al ser descubierto, se tiró desde un sexto piso, y Fine, un alto funcionario de las Naciones Unidas, que se tiró de un duodécimo piso cuando supo que le iban tras la pista. Por un tiempo pudieron considerarse como muertos también, Noel Field, su mujer, su hija y su hermano, desaparecidos uno después del otro tras el telón de acero. Noel Field había sido diplomático y funcionario del Servicio de Inteligencia norteamericano, una semana salió de su hotel en Praga y durante cinco años no se volvió a oír una sola palabra sobre su suerte. Pero, como los versos de Baltasar de Alcázar, «quédese para mañana» el misterio de los Field.

IX

McCARTHY, O DE INVESTIGADOR A INVESTIGADO

EL MACCARTHYSMO

Si vuelve la vista a la caravana de espías, traidores, comunistas y demás ralea suelta por los Estados Unidos y cuya descripción le he dejado a usted en las páginas anteriores, no le será fácil compaginar su estampa con la pintada por la Prensa francesa e inglesa, en la que el «terror» desencadenado por el senador McCarthy es presentado bajo vivos colores.

La palabra maccarthysmo fué inventada por Owen Lattimore y recogida rápidamente por el órgano comunista «Daily Worker».

El «Daily Worker» se encuentra ahora expuesto a caer en las redes del proyecto de ley declarando a todo comunista, por el solo hecho de pertenecer al Partido, incurso en la ley Smith, con arreglo a la cual la conspiración para derrocar al Gobierno de los Estados Unidos por la fuerza es condenada con diez años de cárcel y diez mil dólares de multa.

Owen Lattimore, uno de los cómplices del «Amerasia», encartado también en el complot del «Instituto para las Relaciones en el Pacífico», se encuentra actualmente procesado por el delito de perjurio, cometido, según el fiscal, cuando negó que ha facilitado consciente y deliberadamente el triunfo de los rojos en la China mientras era consejero en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Tal es la genealogía de la palabra maccarthysmo.

¿Cuáles son los efectos del maccarthysmo? ¿Ha desencadenado, efectivamente, el joven senador por Wisconsin una atmósfera de terror y miedo que tiene atemorizados a los liberales, paralizada la libertad de pensamiento y llenó de pánico al izquierdismo?

¿Qué ha hecho McCarthy para que la Prensa francesa e inglesa, siguiendo el «Daily Worker» y otros periódicos norteamericanos, le presenten como el Atila de la libertad?

Si usted ha leído mis anteriores informaciones y ha seguido la caterva de espías, comunistas y traidores sueltos, América adelante, verá que cualquiera que sea la virtud que las denuncias del senador

para despertar la conciencia nacional respecto al peligro comunista, las liberales leyes, así como el honesto, aunque un tanto ingenuo y anticuado concepto que de su función tienen los jueces, aún hacen hoy de los Estados Unidos el terreno ideal para los comunistas y traidores de toda laya, los cuales amparan su complot contra la Constitución en la Constitución.

HECHO Y CONSECUENCIA

Sus propios enemigos esgrimen a veces el argumento de que McCarthy «no ha metido en la cárcel ni a un solo comunista o conspirador», con lo que, al parecer, pretenden sacar la consecuencia de que no ha encontrado a un solo conspirador o comunista.

El hecho es exacto. La consecuencia, falsa.

Lo primero que debe ser tenido en cuenta es que el senador McCarthy no poseyó poderes policíacos ni judiciales nunca. No pudo detener a nadie ni procesar a nadie, y la única arma de que dispone es la de sacar a la vergüenza pública, creando una atmósfera de vigilancia y desconfianza, los métodos y propósitos de los comunistas.

Algunos de los personajes sacados a la vergüenza pública por el Comité que presidió el senador McCarthy (que por cierto no se llama «Comité de Investigaciones», como he leído en algún periódico español, sino «Comité de Organización Gubernamental») han sido luego procesados, cual el propio profesor Owen Lattimore, o destituídos, cual el diplomático John Stewart Service o el diplomático John Jatton Davies; pero los que pasaron desde el Comité al Juzgado son la excepción. La regla ha sido que, después de haber sido sacados a la vergüenza pública, no les pasase cosa alguna a los testigos interrogados por McCarthy, en muchos casos incluso después de que habían admitido indirectamente actividades ilegales y subversivas, negándose a contestar preguntas como las de si eran comunistas, si eran espías, si estaban llevando a cabo

complots contra los Estados Unidos,
etc.

El «caso» del comandante Peress ha caído en una categoría intermedia entre los de aquéllos a los que no les pasó absolutamente nada y aquellos otros que, como consecuencia del interrogatorio parlamentario, fueron procesados o despedidos de sus puestos y trabajos.

Por eso quizá se ha hecho tan célebre. Destituído igual que John Stewart Service o John Paton Davies, el comandante Peress recibió, empero, todos los honores y pensión.

Antes el comandante se había negado a contestar, escudándose tras la Enmienda 5.ª de la Constitución, nada menos que treinta y tres preguntas. Una de ellas rezaba: «¿Es usted miembro del Partido Comunista?», «¿Ha organizado usted una célula secreta dentro del Ejército?», otra.

Una tercera, entre las preguntas que el comandante Peress se negó a contestar, alegando que si contestaba la verdad se exponía a ser procesado por conspiración, y si mentía a ser procesado por perjurio, es si había comunicado a Rusia información secreta obtenida en el cuartel.

Un comandante que se negó a contestar semejantes cosas no sólo anda ahora libremente por la calle, sino que, además, puede exhibir una patente de honor extendida por el ejército de los Estados Unidos y, por añadidura, cobrar al fin de cada período una determinada pensión.

Tal es el «terror» en que viven en los Estados Unidos las «víctimas» del senador McCarthy, cuya suerte tuvo tan compungida a la Prensa inglesa y norteamericana, que los periódicos de Londres y París comparaban a McCarthy nada menos que con Hitler, y al general Eisenhower con el mariscal Hindenburg.

Por lo visto la revista londinense «The Economist» adornó el paralelo agregando que «Eisenhower no tiene siquiera la excusa de la “senectud” que, al parecer, tenía Hindenburg».

INTERROGATORIO TÍPICO

Uno de los testigos que el Comité del senador McCarthy citó para declarar era un médico cuyo nombre es Marvin Belsky. Belsky tiene veinticinco años, y habiéndole llegado la hora de cumplir su servicio militar, las autoridades le han denegado la categoría de oficial, que les es otorgada automáticamente a todos los médicos reclutados en la Sanidad Militar. Le han dejado en soldado, pero, al mismo tiempo, le han destinado como soldado-médico a un hospital adscrito a uno de los más secretos laboratorios que sobre «radar» existen en el país.

Quería McCarthy saber por qué, si el doctor Belsky no es comunista, le ha sido negado el grado de oficial, y si es comunista, por qué ha sido destinado a un puesto donde está en contacto con investigadores empeñados en una labor altamente secreta y de los cuales, además, es médico.

Belsky dijo que no sabía la razón de que no le dieran el grado de oficial, pero admitió que había dejado sin contestar la parte del cuestionario militar en que le era preguntada su filiación política.

Pero antes ya de que pudiera dirigirle ninguna pregunta, el joven doctor Belsky, secundado por un abogado, increpó al senador McCarthy gritando: «Quiero saber de qué se me acusa y quién me acusa».

Pacientemente el senador le dijo: «Que yo sepa, nadie le acusa a usted de nada; usted ha sido llamado a declarar no para acusarle a usted de nada, sino para que usted nos conteste algunas preguntas susceptibles de contribuir al esclarecimiento de las maquinaciones comunistas en nuestro país, que es también el de usted».

—¿Puede usted decirnos, doctor Belsky, si es usted miembro del Partido Comunista?

—Me niego a contestar escudándome tras la Enmienda 5.ª de la Constitución.

—Bueno, muy bien. ¿Y podría usted decirnos si ha hecho usted o está haciendo labor para derrocar por la fuerza al Gobierno de los Estados Unidos?

—Me niego a contestar,

etc.

—Ya que no puede usted hablar sobre eso, ¿le sería posible decirle al Comité si forma usted parte de una red de espionaje contra los Estados Unidos?

—Me niego a contestar.

El periódico «New York Times» dió la noticia del interrogatorio de Belsky y dijo que piensa «exigir pruebas» sobre su culpabilidad y las «infundadas acusaciones» de que McCarthy le ha hecho objeto, mientras un rabino salió con una comunicación a la Prensa diciendo que «es totalmente inconcebible ni siquiera por un momento que Belsky pueda ser un traidor a los Estados Unidos».

«Lo conozco desde hace seis años y conozco a su familia, que es una familia profundamente religiosa», agrega el reverendo rabino.

¿Pero no sería más convincente y más fácil que ni el «New York Times» se indignara tanto, ni el rabino asegurara tanto, y, en cambio, el joven doctor Belsky hubiera dicho simplemente que no a las preguntas del Comité?

EL MIEDO A McCARTHY

¿Por qué si su acción no se dirige sino contra los comunistas, es la labor del senador McCarthy seguida con tal alarma por el izquierdismo internacional y, sobre todo, por los liberales de Inglaterra y Francia, además de los Estados Unidos? ¿Por qué los liberales e izquierdistas del mundo entero le han declarado la guerra al senador McCarthy sólo porque McCarthy se la ha declarado a los comunistas?

Éstas son probablemente dos de los más significativos, interrogantes de nuestro tiempo y dos de los que tienen perpleja a una parte mayor de la opinión pública ingenua e independiente.

Por una razón u otra, el hecho es que los propios izquierdistas han ido solidarizándose insensiblemente con la conspiración comunista, imprimiéndole a la lucha contra el espionaje, la acción subversiva y el complot ruso un carácter político separado por la divisoria entre derechas e izquierdas del que ya les será muy difícil sacar los pies. Llevados por el miedo a que McCarthy descubriera las relaciones entre la confiada inconsciencia izquierdista de los años pasados y la traición comunista, las izquierdas se han

solidarizado con toda traición comunista pasada, presente o futura, transformando en una lucha política lo que nunca debió de haber sido sino una acción policíaca.

Nadie puede predecir hoy la trascendencia del error cometido por las izquierdas al dejarse identificar con la confabulación comunista, ni las repercusiones que ello puede alcanzar en la política norteamericana si, de un lado, la tensión con Rusia sigue subiendo, y, del otro, los elementos tibios e izquierdistas siguen empeñados en impedir una acción radical y a fondo contra el comunismo y sus tretas.

Tal es la cuestión que se enlaza con el, en apariencia, circunstancial y circunscrito problema del espionaje comunista dentro de los Estados Unidos.

AÑO 2150

Quizá dentro de doscientos años un futuro historiador haya de comenzar la historia de los actuales Estados Unidos diciendo: «El gran error de las izquierdas norteamericanas y aquel que había de acarrearles su desaparición, iniciando la ruta que los Estados Unidos han seguido durante los últimos dos siglos, consistió en convertirse en abogado del diablo. Por temor electorero a que la investigación del entonces senador McCarthy pudiera poner en evidencia las inconscientes concomitancias liberales con el comunismo durante los años llamados bobos de la alianza entre las democracias y Rusia, las izquierdas trataron primero de negar que existiera traición comunista alguna y luego de obstruir el camino de la investigación.

»Aun admitiendo que no les era fácil a los Estados Unidos lidiar la batalla contra el comunismo montados al mismo tiempo en dos caballos —el derechista y el izquierdismo—, el izquierdismo precipitó su propio aniquilamiento no sólo al dejarse identificar con el enemigo comunista, sino al precipitar la unión de las fuerzas patriotas, dándole hecho, y adornado con los laureles del héroe, el caudillo y jefe que las derechas por sí solas no hubieran quizá

podido fraguar.

»Los acontecimientos desarrollados durante los primeros años de la segunda mitad del siglo XX en los Estados Unidos, con el nacimiento de la era presente, se debe más a las torpezas de las fuerzas democráticas que a los aciertos de las patrióticas, y uno no puede, desde esta orilla, sino pensar con inquietud en lo que hubiera quizá ocurrido si los izquierdistas metieran por sí mismos en la cárcel a Alger Hiss y extirparan el comunismo y el espionaje, dejando sin bandera al entonces senador McCarthy», continuará quizá, dentro de doscientos años, el futuro historiador de los Estados Unidos durante la segunda mitad del siglo XX.

EL INVESTIGADOR INVESTIGADO

Al menos por el momento quien, en el duelo entre el senador McCarthy y los comunistas, ha sufrido más, ha sido el propio senador McCarthy.

Mientras casi toda la caravana de los que ante el Comité McCarthy se negaron a declarar si son comunistas o espías, al servicio de Rusia, anda por la calle, sin que nadie la moleste, el senador McCarthy ha debido pasar por dos investigaciones y sufrir una reprimenda a manos de sus colegas del Senado. A su vez la prensa liberal norteamericana ha desarrollado una de las más despiadadas campañas, que haya sufrido nunca cristiano alguno, contra McCarthy y la internacional se ha lanzado sobre él como jauría sobre su víctima.

McCarthy ha pasado por dos investigaciones y ha sufrido la reprimenda del Senado, pero el comandante-dentista Peress, cuyo caso dió lugar a la chispa que había de encandilar la hoguera liberal contra el senador de Wisconsin, está cobrando una pensión del Gobierno norteamericano, ha sido retirado con todos los honores y goza de los privilegios de un ex-combatiente yanqui, aunque, que se sepa, los únicos combates que ha reñido fueron a favor de la causa

comunista y Rusia.

Antes de que fuera licenciado con todos los honores, y aun antes de que fuera ascendido de capitán a comandante, Peress (derivación cosmopolita de nuestro rural y sólido Pérez) había escrito todo a través de un cuestionario, presentado por el Ejército, «me niego a contestar, escudándome en la Enmienda Quinta de la Constitución». Las cuestiones, que en el cuestionario le eran preguntadas al entonces capitán Peress inquirían sobre si pertenecía o había pertenecido al Partido Comunista, si había formado parte de algún complot revolucionario o alguna red de espionaje, o si todavía formaba, si tenía concomitancias con Rusia y otras por el estilo.

Después de negarse a contestar todas esas cuestiones, alegando que si contestaba la verdad se exponía a ser procesado por espía y si contestaba mentira a ser procesado por perjuro, el Ejército le ascendió de capitán a comandante y, meses después, cuando el Comité del senador McCarthy, habiendo tenido conocimiento del caso, comenzó a investigarlo las autoridades del Ministerio de la Guerra se apresuraron a darle al comandante Peress la licencia absoluta con todos los honores y todos los beneficios, lo cual de hecho le ponía al cubierto de toda persecución.

Los tribunales militares no pueden enjuiciar a un civil, aunque hubiera sido antes militar, por delitos cometidos durante su carrera castrense, mientras los tribunales ordinarios de lo criminal no tienen jurisdicción sobre delitos cometidos por ciudadano alguno mientras se encuentra bajo las armas.

Ante el Hospital Real de Santiago de Compostela había, en mis tiempos, una cadena que, engarzada en postes pfalicos, iba del uno al otro extremo de la egregia fachada. La tradición aseguraba que aquella cadena había llevado consigo, indefinidos «siglos pasados», el derecho de santuario. El delincuente que lograba, antes de ser detenido, acogerse a ella recibía perdón y era exonerado de toda pena.

Licenciándole del Ejército con todos los honores, las autoridades del Ministerio de la Guerra le concedieron al comunista Peress derechos de santuario, y le colocaron fuera del alcance de los tribunales militares y de los civiles, al otro lado de la cadena.

La inmunidad en que la decisión del Ministerio de la Guerra colocó a Peress irritó al senador McCarthy. Bajo la irritación, surgió

el choque, primero, con el general Zwicker y, después, con el propio ministro de la Guerra. En un choque y otro prendieron su mecha los izquierdistas para ver de inutilizar al senador McCarthy e intimidar a todos los anticomunistas.

Antes que en el senador McCarthy, los izquierdistas habían intentado una maniobra de gran alcance alrededor del caso de Alger Hiss. Ya he contado en capítulo anterior como, bajo el concentrado esfuerzo de la prensa y los organismos liberales, al que no fueron ajenos siquiera ni el propio Presidente de los Estados Unidos, a la sazón Mr. Truman, o su secretario de Asuntos Exteriores, Mr. Acheson a la sazón, Whittaker Chambers se vió entre la espada y la pared. Hubo un momento en que, según el mismo cuenta en sus memorias, intentó suicidarse para escapar a las consecuencias con que la patriótica acción de denunciar a Hiss le amenazaba.

Todo había sido puesto a punto por la tremenda propaganda izquierdista para que Whittaker Chambers pasara procesado a la cárcel y Hiss fuera proclamado mártir de la libertad, cuando ante el peligro que sobre él se cernía, Chambers decidió sacar de la ahora famosa calabaza las pruebas irrefutables de la traición cometida por el «héroe liberal».

Hiss fué por fin condenado y pasó a la cárcel, pero hoy se encuentra ya en libertad, después de haber cumplido sólo en parte su condena, todavía un mártir para los liberales, mientras Whittaker Chambers se quedó, por denunciar a Hiss, sin la dirección de la revista «Time», desempleado y convertido en una especie de leproso por la alta sociedad intelectual y política de los Estados Unidos.

Hasta que no denunció a Hiss públicamente y puso al aire toda la traidora tramoya en que él mismo había sido actor, Whittaker Chambers ascendió en la revista «Time» hasta las cumbres de la dirección con treinta y seis mil dólares de sueldo al año, aunque el propietario de la revista, Mr. Luce, conocía perfectamente sus antecedentes.

Después que cometió el servicio patriótico de denunciar públicamente a Hiss y sus demás cómplices, Mr. Luce le destituyó inmediatamente, lo cual puede servir de aviso para que en lo sucesivo todos los ex-comunistas que, habiendo pertenecido a la máquina, sepan algo importante en relación con la seguridad de los Estados Unidos, se callen la lengua.

Un traidor callado es un ser mucho más respetable que un traidor arrepentido que saca a la luz lo que sobre la traición sabe.

¿QUIÉNES SON LAS VÍCTIMAS?

Pero Whittaker Chambers y McCarthy no han sido los únicos norteamericanos que, habiéndose proclamado en alguaciles del comunismo, salieron alguacilados. No hace mucho que Martin Dies ha contado la odisea en que le precipitaron sus actividades anticomunistas. Hoy Martin Dies vuelve a ser diputado por uno de los distritos de Tejas y ha recobrado toda su influencia política, pero sólo después de haber sufrido el ostracismo y haber pasado por una campaña de calumnias y una ofensiva cuya narración pone los pelos de punto.

Mr. Dies, primer presidente del primer Comité parlamentario contra las actividades comunistas, fué, bajo el combinado ataque de liberales y comunistas, despojado de su acta; médicos al servicio de la conspiración le hicieron creer que padecía un cáncer, mientras la prensa de izquierda levantaba nubes de rumores contra su moral, su honestidad y su vida privada. Hubo un momento en que no pocas gentes se negaban a darle la mano.

De todos modos, Dies, que hoy se halla de nuevo totalmente reivindicado, ha recobrado su acta y su salud y de nuevo ha reanudado la lucha contra el comunismo, salió mejor parado que Mr. Parnell Thomas, su sustituto al frente del Comité parlamentario anticomunista. Con arreglo a una cuestión técnica sobre la distribución de los fondos que cada diputado recibe para su oficina, Mr. Parnell Thomas fué expulsado de la Cámara de Representantes y condenado a tres años de cárcel.

Ser, pues, anticomunista no es en los Estados Unidos, aún hoy, una actividad tan beneficiosa y fácil como la prensa izquierdista de Francia o Inglaterra se imagina.

Si lo que realmente hace sangrar el corazón de la prensa izquierdista inglesa o francesa es la persecución de que se ven

víctimas ciudadanos inocentes, quizá debiera volver antes su compasión hacia los anticomunistas norteamericanos que hacia los comunistas. La verdad es que las jeremíadas de los izquierdistas europeos plañiendo ante la dura suerte de los perseguidos por la brutal intolerancia norteamericana no son más que jeremiadas farisaicas. Cuando son algo más, son ecos, mejor o peor encubiertos, de la propaganda comunista.

Entre Peress y McCarthy, yo, francamente, creo que el perseguido ha sido McCarthy.

X

¿QUÉ ES EXACTAMENTE EL DOCTOR OPPENHEIMER?

SE ESCAPÓ POR UN PELO

Creo que fué Talleyrand quien dijo «la traición es una cosa tan elusiva que hay que cogerla por los pelos». Si el físico
J.
Robert Oppenheimer ha sido un traidor lo ha sido de una especie especialmente elusiva y por un pelo se escapó siempre de que lo cogieran por los pelos.

Su caso es, con el del diplomático John Paton Davies, el que tiene más perplejas a los norteamericanos. Es también, con el de John Paton Davies, aquel que las autoridades han dejado más en el aire.

Oppenheimer fué destituido de su puesto en la Comisión Atómica y Davies de su puesto de diplomático. Sobre este último la misma sentencia que le dejaba sin su carrera y sus medios de vida, agregaba que «de ningún modo está en cuestión su lealtad a los Estados Unidos». La sentencia destituyendo a Oppenheimer es todavía más «expresiva» y proclamaba al físico poco menos que un gran patriota.

¿Si Oppenheimer es un patriota y el Gobierno, tras nueve investigaciones, no ha encontrado objeción alguna contra la lealtad de Davies, por qué les destituye?, se preguntan los norteamericanos intrigados, suponiendo que, realmente, no se les dice toda la verdad.

La justificación oficial para destituir a Davies y Oppenheimer, en vez de aclarar, oscurece el asunto, invocando una entelequia a la que llama «seguridad del Estado». Por arte de magia la «seguridad del Estado» es convertida en una suerte de tercer misterio al que uno puede ofender y contra el que uno puede atentar inconscientemente y sin darse cuenta, debido a circunstancias igualmente imprecisas e igualmente enigmáticas.

La sentencia de la primera «Junta» encargada de enjuiciar la conducta de Oppenheimer, endosada luego por el «Tribunal de

Apelación», absolvió a Oppenheimer de haber cometido «actos de deslealtad». Negó también que existiera la menor prueba de relación entre el físico y la Unión Soviética. Subrayó asimismo su «alto grado de discreción que refleja una habilidad desusada en la aptitud para guardar secretos vitales».

Tras sentar todas esas premisas, la Junta y el Tribunal decidieron aprobar la destitución llevada a cabo por el Gobierno y prohibirle a Oppenheimer el acceso a todos los secretos científicos y estatales, con los siguientes argumentos contenidos en el texto de la sentencia:

1. «Hemos hallado que la conducta y relaciones mantenidas por el Dr. Oppenheimer —dice la sentencia— muestran un manifiesto desprecio hacia los requerimientos del sistema de Seguridad».
2. «Hemos descubierto cierta susceptibilidad a dejarse influenciar, la cual a su vez es susceptible de implicaciones contra la Seguridad».
3. «Interpretamos que su conducta en cuanto a la bomba de hidrógeno levanta dudas sobre si su participación en los futuros programas científicos del Gobierno resultaría compatible con los mejores intereses de la Seguridad».
4. «Tras oírle hemos sacado la consecuencia de que el Dr. Oppenheimer ha sido menos que cándido en sus declaraciones ante nosotros».

CONCOMITANCIAS COMUNISTAS

Cuanto más uno lee en la literatura oficial a que el caso Oppenheimer ha dado lugar, y la cual ocupa ya tantas palabras como quizá no cupieran en un tomo de la Enciclopedia Espasa, más confuso se siente uno.

Sin embargo, los hechos en sí mismos no pueden ser más claros. Surgen de su vida con imponente evidencia.

Durante la guerra civil de España, el físico Oppenheimer, un profesor más bien oscuro del que no se conocía actividad ni inclinación política alguna, estuvo dando el veinte por ciento de su sueldo para la causa comunista española a través del Partido Comunista norteamericano. Siguió manteniendo sus contribuciones para la causa roja después de terminada la guerra civil «hasta el mismo día del ataque al Puerto de las Perlas», según su propia declaración.

Oppenheimer se casó con la viuda de uno de los jefes comunistas que, enviados a luchar en España, cayeron sobre los campos de Castilla, y hay numerosos testimonios de que en la casa de Oppenheimer y su mujer se celebraron no uno, sino varios actos comunistas, entre ellos reuniones de célula. Por el mismo tiempo, según pudo averiguar la
F. B. I.
, Haakon Chevalier, profesor de literatura francesa en la Universidad de Berkley (San Francisco), se acercó a Oppenheimer para pedirle que le entregase con destino a Rusia secretos sobre las investigaciones científicas llevadas a cabo en los Estados Unidos.

Siempre ha declarado Oppenheimer que no le dió a Chevalier ninguno de los secretos que le pidió, pero las autoridades le han preguntado siempre a su vez «¿por qué no denunció usted a sus superiores al profesor de su propia Universidad que le pidió secretos para Rusia?». Nunca dió el físico una respuesta satisfactoria. Y por si fuera poco la ausencia de una respuesta satisfactoria, la
F. B. I.
, que le vigilaba al parecer sin que él lo supiera, descubrió en París hace dos años que Oppenheimer iba a visitar al agente ruso Chevalier y almorzaba con él. Fué quizá, después de tal descubrimiento, que por fin la policía secreta inició contra Oppenheimer las medidas que, con arreglo a una orden del propio presidente Eisenhower, habían de concluir suspendiéndole de empleo y sueldo en diciembre del año 53.

SU OPOSICIÓN A LA BOMBA DE

Pero

J.

Robert Oppenheimer no sólo había dado consecuentemente dinero para los comunistas de un país cual España, del que según su propia declaración apenas si sabía nada ni sobre el que, excepto el «Quijote», había leído cosa alguna; no sólo se había casado con la viuda de un funcionario comunista que, asimismo, era una propagandista del Partido; no sólo había tenido íntimas relaciones con un «buscador» de secretos para Rusia, al que encubrió en vez de denunciar cuando dirigió sus procuraciones hacia el propio Oppenheimer, y dieciocho años después volvió a ponerse en contacto clandestino con él al amparo del proceloso París; no sólo prestaba su hogar para las reuniones del Partido Comunista.

Además de todo eso, Oppenheimer se opuso de un modo decidido y tenaz a la fabricación de la bomba de hidrógeno por los Estados Unidos, aunque sabía que Rusia la tenía ya, gracias a los datos facilitados por los científicos alemanes caídos en su red, al alcance de la mano.

Esto era allá por el año cuarenta y siete o cuarenta y ocho.

Nada ha sido objeto de tantas discrepancias ni de interpretaciones más contradictorias dentro del mundo científico y político norteamericano que los motivos con arreglo a los cuales el Dr. Oppenheimer pretendió impedir la fabricación de la bomba hidrógena. Algunos compañeros del propio Oppenheimer, como por ejemplo, Teller, al que por la deserción de Oppenheimer le cupo la posible gloria de haber sido el dirigente de la investigación hidrógena, y Álvarez, el brillante físico cuyo origen español es delatado por su nombre, han calificado su actitud de sabotaje y la han atribuído a espúreos motivos que lindan con la traición. Ésta es, sin embargo, la interpretación más extrema.

Otros, al lado opuesto, han creído ver en la posición de Oppenheimer el producto exclusivo de una opinión personal sincera y honesta, aunque luego se reveló errónea, basada en sus conocimientos científicos, y han preguntado «¿qué va a ser de los Estados Unidos el día que cada vez que se equivoquen sus

consejeros científicos, políticos o militares se vean castigados?». «¿Quién se atreverá ante tales circunstancias a expresar una opinión contraria a aquella que sabe que prevalece en las alturas?», preguntan también las mismas gentes, sacando un poco de quicio la cuestión y mostrándose más «oppenheimeristas» que el propio Oppenheimer. El propio Oppenheimer ha declarado que su oposición contra la bomba de hidrógeno nació, en realidad, de razones «morales y sociales».

Le parecía, según semeja, que ya era bastante destructiva la bomba atómica para que fuese necesario lanzar al mundo en la incógnita vorágine del «hidrógeno», un sentimiento contra el que difícilmente un cristiano podría objetar si no fuera porque Oppenheimer no había sentido los mismos remordimientos respecto a la bomba atómica, a cuya invención contribuyó más que nadie, y con más entusiasmo y con más brillantez que nadie, excepto quizá Fuchs, el espía que hoy cumple condena en una rural cárcel inglesa.

SOBERBIA CIENTÍFICA

Algunos cínicos han querido suponer que los remordimientos morales que en la conciencia de Oppenheimer levantó la bomba hidrogena y su encarnizada oposición contra la fabricación de la bomba en los Estados Unidos, puede tener relación con el hecho de que el físico sabía que los rusos estaban a punto de alcanzarla. Si los designios de Oppenheimer hubiesen triunfado, y hoy Rusia tuviera la bomba hidrógena y los Estados Unidos no la tuvieran, la grandiosa ambición soviética de dominar el Mundo se habría convertido en una irresistible realidad. Como el «dueño» del átomo, en la vieja novela de Ramón Gómez de la Serna, los gerifaltes del Kremlin podrían poner a un país tras otro ante la disyuntiva de rendirse o verse despedazado, un chantaje gigantesco sin riesgo alguno.

J.

Robert Oppenheimer tiene ahora cincuenta y dos años, y ha nacido

en los Estados Unidos, de padres que alcanzaron las deseadas costas desde un «ghetto» báltico a finales de siglo. Alto, de frente en la que el hábito de pensar ha puesto una noble aureola, de aire, aunque descuidado, apuesto, extraordinariamente atrayente y serio, la principal cabeza de la física norteamericana rematada por una fuerte cabellera, reúne pocos rasgos fisionómicos de su raza, y ha tenido tanto éxito social como científico. Incluso, contra lo que suele ocurrir aquí con los científicos, había alcanzado posición económica desahogada y fácil.

¡Qué es lo que pudo llevarle a adoptar una posición, para decir lo menos, enigmática y oscura frente a la nueva patria de su linaje, donde encontró provecho y hasta gloria, en favor de anacrónicas afecciones eslavas? ¿Estamos ante un caso de salto atávico en el que el hijo libre siente misteriosa atracción hacia los antiguos señores que azotaron al padre esclavo y no puede resistir la tentación de codearse con ellos, aunque el contacto de codos haya de ser clandestino y tiznado por la traición?

No sólo a ésas, sino a otras muchas preguntas y cuestiones ha dado lugar aquí el extraño caso de
J.
Robert Oppenheimer. Algunos de los que lo han estudiado minuciosa y detalladamente hablan asimismo de la «soberbia científica» que describen como un sentimiento o pasión demoníaca, el cual se apodera de aquellos que, creyéndose en posesión de los secretos de la naturaleza, no pueden resistir la tentación de desafiar a Dios y pactar, como Fausto, con el diablo. Aunque entre los científicos, como entre todas las actividades, abundan los patriotas y las gentes temerosas de Dios, es entre los grandes científicos donde ha prendido mejor durante los últimos años la yerba del ateísmo al lado de lo que ellos mismos han llamado la «superación del patriotismo». Einstein y Fermi, volviéndose contra sus respectivos países y comunidades; el caso de Fuchs, el de Nay y el de Pontecorvo, el caso de Oppenheimer son esgrimidos por los partidarios de la tesis según la cual, deshumanizada, la ciencia ha perdido todo respeto a la civilización y la moral.

Desde luego, el inventor de la bomba atómica no es un traidor de portal, un vulgar espía a sueldo, ni un agente teatral de Rusia o cualquier otro país. Si ha servido a Rusia, y todas las circunstancias

relatadas unidas al hecho del entusiasmo con que trabajó por la bomba atómica que había de ser lanzada contra los enemigos de Rusia, así como el entusiasmo con que trabajó contra la hidrógena llamada a ser descargada sobre la propia Rusia, indican que Oppenheimer ha sido, si no lo es todavía, por lo menos un filocomunista que identificaba la suerte de la civilización con la del comunismo, el papel de Oppenheimer no ha consistido en el de un simple agente o fisgón. Ha sido mucho más. Mucho peor. Ha sido, y quizá sea todavía, un poseso de la ideología soviética colocado en el centro vital de la civilización norteamericana.

Digo que quizá sea todavía, porque aunque privado de todo acceso a los secretos científicos o estatales y destituido de su puesto en las investigaciones oficiales, el Dr. Oppenheimer sigue todavía ostentando la presidencia del «Instituto para el Avance de las Ciencias» en la Universidad de Princeton, quizá la más distinguida y relevante posición académica que puede alcanzar un científico en los Estados Unidos.

Como presidente del «Instituto para el Avance de las Ciencias», que le facilita sus medios de trabajo a Einstein, Oppenheimer dispone de enormes recursos económicos para influenciar la investigación científica norteamericana y de insondables medios intelectuales para inclinarla y dirigirla hacia éste o el otro objetivo; que tal es la bárbara persecución, la despiadada supresión y, como dice la propaganda comunista, «la tiranía fascista» a que están sometidos en los Estados Unidos los científicos sospechosos de concomitancias con Rusia.

Quien dice los científicos, dice los diplomáticos, los funcionarios de todas clases o los intelectuales.

Ahora mismo, John Paton Davies está disputando con el Estado su derecho a cobrar diez mil dólares de indemnización que por el despido le corresponden sin que ello ate para nada su lengua. «Pretenden nada menos que coartar mi libertad, impidiéndome que hable de los asuntos de que me he enterado durante mi servicio en la diplomacia», exclama indignado el antiguo vicecomisario en Alemania, destituido por Mr. Dulles, bajo sospechas de que su actuación primero en China y luego en Alemania, como funcionario del Departamento de Estado, se inclinaba más, consciente o inconscientemente, a favor de los comunistas que de los

norteamericanos.

Uno de los fantasmas que recorren nuestro tiempo es el de la opresión y persecución de que los comunistas o criptocomunistas son víctimas en los Estados Unidos, y con los criptocomunistas y los comunistas la libertad de pensamiento. Puesto en circulación por Rusia el fantasma ha sido y es inflado por la prensa liberal de los propios Estados Unidos, al unísono con la izquierdista de Francia, Italia e Inglaterra.

Notas

[1] Al publicarse este libro Hiss ha cumplido ya condena y está en libertad vigilada. Remington fué asesinado en la prisión por su compañero. < <